



ANTONIO ANGEL TERRAGNI

CIELO VERDE

EDICIONES COLMEGNA

SANTA FE — ARGENTINA

EL PIAMONTÉS FUNDADOR

En 1881 llegó al lugar de la colonia Rafaela este piamontés fundador. Era uno de los gringos que eligió Guillermo Lehmann para formarla definitivamente.

Quedó aquí con su mujer, el hijo anunciado, algunas promesas y con la angustia de tanto mar y de tanto cielo transitados hacia la desolación.

Estaba trasplantado, en un paisaje de espinillos y de “paja brava”, rebasado por el silencio, en el que se desenvolvía, dolorosamente, la espiral de su zozobra. Silencio espeso de pantano, con el grito hundiéndose en su ciénaga, sin los círculos concéntricos del eco.

Quedó donde lo dejaron, a pesar del miedo y de la desesperanza, pensando que ya no podría desandar el camino del cielo y del mar para volver a su aldea, con la mujer y el hijo y estarse cerca de los suyos para vivir, para morir...

No tenía conciencia de estar cumpliendo un destino de sacrificio y de lucha. “La América” era eso que estaba cerca y lejos, circundándolo: pampa, pampa, pampa... Y el monte. Y la cañada. Y el horizonte siempre distante y alto, sin senderos para ir a su encuentro.

Levantó las cuatro paredes del rancho, apremiado, sin emoción, porque no era nido sino refugio para su desaliento, para sus temores y la persistente melancolía de la ausencia.

PROTAGONISTAS

- EL PIAMONTÉS FUNDADOR
- MI VOZ DE TIERRA
- EL INMIGRANTE
- LA MUJER FUNDADORA

CIELO VERDE

Transito la noche por rumbos inciertos, desbrozando la selva de los ruidos y sus misterios y busco del otro lado de la soledad, el hecho, la voz, el nombre, el canto que me den el enigma descifrado, con su verdad, con el hontanar de su fe, con la emoción del encuentro definitivo, ya logrado.

Todo se derrumba a mi alrededor: sombras, sonidos, murmullos, gritos y sueños, —siempre los sueños—, porque en ellos está todo, es decir: el campo que vivo, que busco, que anhelo y que debe surgir al final en el horizonte, con la primera luz, con el primer ruido y con la última estrella.

El sendero se aclara, tiene su meta y yo voy hacia ella transitando el cielo verde, desprendido, quieto, solo, con su invitación al descubrimiento feliz, al jolgorio de la tierra, del agua fresca, de los mugidos, del dolor acallado y del júbilo restallante,

Cielo verde es mi campo. El campo que yo sueño; el campo que he amado, desvaído en la sombra y que nace, vive, palpita cuando el cielo lo refleja, lo flamea, lo anima y queda en él, para siempre, con la gratitud del que ha sido comprendido.

En ese cielo verde estoy con mi pena amasada en la noche, con mis angustias sin amanecer y repitiendo esta palabra que es divisa, escudo, propósito y destino: tierra, tierra, tierra...

Se estuvo quieto, como en una profunda bahía, arriadas las velas de la ambición, en espera sin motivo, como una cosa más: —pájaro, árbol, tacurú—, de la tierra nueva que le dieron para que la trabajara, para que “hiciera la América”... El solo, —“¡porca miseria!”— para sacar los espinillos, los hormigueros, la “paja brava”...

Un día emergió de la quietud con una blasfemia, —trapo rojo de su rebeldía—, y desplegó las velas. Su camisa, su ancho sombrero, sus brazos como aspas, se incorporaron al cuadro de este pedazo de pampa santafesina que empezaba a tener nombres: Pilar, Susana, Lehmann, Rafaela, Santa Clara de Sagüier, Egusquiza... Y que comenzaba a dar trigo. Y que ya había dado hijos...

El piemontés maduró peleando contra el pajonal y al desvalido inmigrante de la hora inicial lo llamaron después “Don José”.

Don José estaba siempre huraño. Pero no porque escuchara voces interiores, sino porque nada tenía que decir. Hablaba solamente para protestar... Contra los bueyes lerdos. Contra la tierra dura. Contra los que mandaban, en las buenas y en las malas: —“¡piove ancora, governo ladro!” — y contra las pestes, la langosta, las vizcachas.

No dio ni pidió nada —“L’hai pa damanca”— ⁽¹⁾ porque tuvo que defenderse de los aprovechados, de los que llegaban a la chacra para sacarle plata con cualquier pretexto. Tenía miedo que le quitaran todo ese campo que había obtenido casi como regalo. Por milagro.

Muchas veces caminó la mañana para comprobar que en los vértices del “cuadrado” estaban los mojones de los que hablaban los papeles que le dio Lehmann... ¡No fuera la desgracia que se los sacaran por la noche y se perdiera para siempre en la inmensidad de la derrota!...

(1) “No necesito”.

Cuando alguna volanta entraba en el patio transportando a desconocidos, toda la familia se escondía y miraba por las rendijas de puertas y ventanas hasta resolver si había que recibir a los visitantes o dejarlos marchar, desairados. Era la costumbre: por precaución, por desconfianza.

Don José dibujaba la firma, nada más. Trabajosamente. Le bastaba. Porque —decía— “para arar, sembrar, trillar y cuidar las vacas, no se precisa saber leer y escribir”. Era su filosofía. Tampoco se quitaba el sombrero, ni para dormir: “al sombrero hay que llevarlo puesto”. De ahí el casquete blanco, de piel protegida, entre la pelambre lustrosa, sobre las cejas pobladas, los ojos hinchados por el resplandor y la tez curtida, con el matorral de los bigotes desbordantes...

El “toscano” era su vicio. Muchas horas apagado en la comisura. Vino, bastante vino, alguna vez. Y canto. Para los casamientos. Para cuando se terminaba la cosecha, si había sido abundante.

Sus hijos crecieron sometidos a rígidas normas de trabajo y de economía. Les dejó campos redimidos y sueños que él no soñó nunca. Sueños que la gente le hizo soñar para exaltarlo. Como si Don José hubiera mirado al cielo con otra intención que la de descubrir la promesa de la lluvia o calcular el descalabro de la tormenta, del granizo...

Cumplió su destino, simplemente. Defendió lo suyo. Lo de sus hijos. Sin confesarlo, porque no tenía nada que decir que no fuera imprescindible para que la familia trabajara al día siguiente, o en seguida, o después de la merienda, o a media noche: “no sea cosa que llueva”.

Murió porque no pudo trabajar más. Cuando había rutas abiertas hacia el horizonte y hubiera podido transitar, de vuelta, el largo camino del cielo y del mar.

Lo retuvo la tierra que ganó. La tierra, que es la única que sabe de sus sueños, —si los soñó— y con quien, a lo mejor, in-

tentó el diálogo franco, íntimo, —trato de igual a igual—, porque le tejió el encaje de los surcos con paciencia y pasión de amante. Porque la vistió de trigales y le procuró lino para que se adornara de azul y porque le fue fiel desde el encuentro, desde el instante de la soledad y del desamparo. Desde que le quitó los espinillos y la limpió de tacuruces y de “paja brava”. Desde que, con la llegada del hijo, otro llanto desbarató el espeso silencio de pantano que ahogaba su corazón. Desde que, en algún amanecer, tres sombras se proyectaron sobre el surco tibio. recién abierto y tuvieron eco los ruidos y la esperanza hizo su ronda cantarina en la ropa tendida, en el humo de la chimenea, en el mugido de las vacas multiplicadas. Y en los rostros vueltos al firmamento, que estallaba en colores para la bienvenida...

MI VOZ DE TIERRA

Esta es una estampa rural para la mañana del domingo. Sentimientos, palabras y voz de tierra. Todo de tierra. Recuerdos de la tierra, del hombre y de la mujer de la tierra; del trabajo de la tierra y de lo que está en la tierra como en un sagrario: los restos del inmigrante, —carne de cañón de la epopeya colonizadora—, de los abuelos, del amigo; de los que cayeron, en fin, para siempre en un surco más hondo cuando se habían quedado sin sueños, apagadas las pupilas, con el cielo en las lágrimas y cuando las manos eran inútiles hasta para la caricia.

Su abuelo, el mío, que caminaron antes entre espinillos y los abatieron, dejando espacio para la tarea de bueyes y de arados, están en estas reflexiones con su tremenda carga de dolores y sacrificios, con la interminable ansiedad de llegar a tiempo en el tiempo sin límites de los trabajos multiplicados.

Están aquí en mi pasión agraria, erguidos, sudorosos, dominantes, dueños de la luz y de las sombras, apuntando al júbilo del día y a la tristeza de la noche; dueños de la tierra que dejaron limpia, fecunda, en medio de las latitudes apagadas de alaridos. Para que usted y yo camináramos esos caminos sin penurias; para que nuestros hijos y nuestros nietos tuvieran recuerdos y amaran la tierra en la evocación de aquel hombre y de

aquella mujer que, al filo de la noche, amontonaban en el patio yugos, arados, picanas, arneses y dejaban que los bueyes entraran en la oscuridad con el aldabonazo de un mugido...

EL INMIGRANTE

El inmigrante es el descubridor de nuestra riqueza —la de esta zona Oeste de la Provincia de Santa Fe—, que aflora en vacas y sembradíos; en cremerías, fábricas de manteca y quesos y que se resuelve en un concepto general y valedero de seguridad económica, de solvencia material y moral en cuanto al sentido de la convivencia.

En este hombre traído aquí, al que Guillermo Lehmann ofreció las inmensas posibilidades que brindaba la tierra virgen de la República Argentina, arranca el proceso: él fue la reja clavada en el extremo inicial del surco y el surco fue él ya que lo abrió con desesperación de soledad y de angustia, lo fecundó con prodigalidad de mano abierta y lo trajo al límite del pueblo con una lección rotunda para los que tienen que continuar la tarea.

Ayer nomás se nos fue el último inmigrante de la etapa augural.

Cuando la tierra terminó su reclamo de sacrificio y de trabajo, murió. Se agostó en más de cincuenta años de frecuentar el campo con sus afanes, su silencio empecinado, casi doloroso, en medio de horizontes repetidos, con espinillos, montes y esteros.

Hizo así, con incertidumbres y acechanzas, su grande y empeñosa labor y dejó la tierra dividida, para los hijos. Limpia de

espinillos, curada de cañadas. Con horizontes de paraísos conteniendo el desborde de los trigales.

Y con el suceso de la ciudad nueva, —de Rafaela—, que, paradójicamente, nunca estuvo en la ensoñación de nadie. Ni de quien le dio nombre, ni del piamontés que la vio crecer en la lenta sucesión de los años. La ciudad es un hecho, una peripetia, una consecuencia, nada más. Su acta de fundación es un hombre y una mujer dejados en el paisaje con herramientas, bueyes, la carabina, un día cualquiera del año 1881. Poco y tanto, sin embargo.

LA MUJER FUNDADORA

Muchas veces los poetas campesinos —¡Oh, José Pedroni, luminoso!— volcaron en sus versos un recuerdo emocionado para la mujer del campo, porque formó, al lado del hombre, la chacra y volcó también su ardor y su esfuerzo para la redención de la tierra, a la que, para colmo de generosidad con la patria nueva, le dio hijos con fecundidad prodigiosa.

Esta “Doña María” de la empresa colonizadora hizo su parte para que la colonia fuera después la ciudad opulenta.

En los surcos recién abiertos quedaban, con la simiente esperanzada, su sacrificio, su resignación, sus alegrías y sus zozobras.

Fue la imagen total de la familia chacarera que no podía darse pausa bajo el imperativo de hacer, a toda costa, el porvenir.

Su pañuelo señalaba en la mañana, contra el horizonte de verde y oro, la reiteración de la faena agrícola.

El humo de la chimenea proclamaba su presencia en la casa, su afanoso quehacer; y la ropa tendida, como una señal para el rumbo incierto, era el banderín de los hijos. Ellos la obligaban a multiplicar sus esfuerzos y decían de otra gloriosa fertilidad de la tierra amada.

Esta mujer piamontesa que sostuvo los sueños del inmigrante azorado es todo un símbolo y un canto: símbolo del

amor que se nutre en las entrañas mismas de los profundos anhelos y canto al dolor de las humildes aspiraciones muertas y a la gloria de la maternidad, que no reconoce desfallecimientos, ni mide los tributos de la abnegación.

Junto al piemontés fundador está la mujer fundadora. La buena mujer que conocimos agobiada de responsabilidades, sosteniendo al hombre en la defensa de lo suyo, peleando junto a él para la conquista. Mujer de la tierra, enhiesta, fuerte, volcada en raudales de ternura en el hogar acrecido de voces, de llantos, de reclamos.

Se fue detrás de su hombre cuando se había quedado vacía de esperanzas; cuando en las pupilas apagadas no se reflejaban ya los trigales opulentos y cuando sus hijos habían ganado la tierra para la definitiva batalla de la vida.

Esta "Doña María" de la colonización es un recuerdo vivo en cualquier pañuelo de colores estridentes que nos señale el camino en el mar de oro, donde queda escrita el acta de su grande, principal, maravillosa participación en la tarea de hacer la patria.

LAS ESTAMPAS

EL REMATE DEL TAMBO — EL IMPLACABLE ENEMIGO — LA QUINTA DE JUAN — LA LECHE EN EL BARRO — TARDE DE FERIA — EL CAMIÓN EMBANDERADO — LA CRÍA — LOS RECUERDOS — LOS CINCO PARAÍDOS — LOS PUENTES — CORAZÓN, TRACTOR, SURCOS... — EL GRINGO DOMADOR — REFLEXIONES DE UN TAMBERO — TARDE DE TORMENTA — LA MUCHACHITA DEL TAMBO — UN BRETE PARA INÉS — EL REGRESO — "PROHIBIDO CAZAR" — EL HIJO — LA FAMILIA EN EL CAMPO — EL BAUTIZO — LA PARVA PREVISORA — LA CONMOVEDORA SOLIDARIDAD — LA VACA DESPANZURRADA — LA MUERTE CAMINA EN EL RASTROJO — LA POSTERGADA LLUVIA — EL BUEN ÁRBOL — "HABRÁ QUE HACER LOS DEBERES" — LA CAÑADA — LA COSECHADORA EN EL PAVIMENTO — EL TRIGAL OPULENTO — TIEMPO DE SEMILLAS.

EL REMATE DEL TAMBO

La vida en el campo, el trabajo en el campo, ofrece, como se supone, diversas alternativas. La familia se arraiga o no en el lugar elegido para la lucha diaria. Juegan los factores de la conveniencia, de los hijos, de la producción, del tiempo. En algunos casos se anda cuesta arriba, venciendo dificultades, ejercitando el temple de la voluntad y de la perseverancia. En otros, se intenta el cambio, la diferencia, lo nuevo. Cuando el cambio ocurre en el ámbito del campo adquiere una relevancia íntima de adhesión a la permanencia. La gente lo ve bien, lo aplaude o, al menos, lo justifica:

—Héctor deja el tambo. Va a criar. Hace bien. Como están las cosas no vale la pena romperse el alma...

Si el cambio es para irse a la ciudad a poner un boliche o a trabajar en una fábrica o en un negocio cualquiera, la impresión es distinta, el juicio se vuelve severo, condenatorio, las predicciones sombrías:

—¡Pobrecito!... Se va a morir de hambre en la ciudad. Como están las cosas hoy en día. Aquí, por lo menos, saca para la comida. Allá hay que pensar en otras cosas: el alquiler, el transporte, la ropa... Hace una macana. Yo se lo dije...

Todos se cuidan muy bien de hablarle así a Héctor, sin embargo. Les parece malo desalentarlo, agregar más amargura a la que debe producirle el dejar la chacra, abandonar los re-

cuerdos, deshacerse de las cosas queridas, usadas, sentidas. Perder de vista a las vacas, con las que hubo trato cariñoso, comprensivo, todos los días —mañana y tarde—, durante mucho tiempo y que “si hubieran tenido qué comer” él no iba a dejarlas, a vender todo, a rematar hasta los dos caballos de la volanta... —“¡Ah, no!...”

El día de la venta la familia “del Héctor” da vueltas en la calesita de la desazón, mientras mucha gente se reúne cerca de los lotes de herramientas, enseres, muebles y útiles y “ofrece poco, muy poco por lo que vale mucho, claro...”

Después, a las 14, según reza el “boletín” del remate, empieza la subasta de las vacas. Primero la “Coca”, después la “Manchada”, la “Paloma”, la “Negra” y, en línea de calidad y producción, todo el lote. Héctor siente como un desgarramiento íntimo porque “las vacas” son la entidad campesina, vital, excluyente, para él y su familia. Sin vacas se siente desarraigado, fuera del paisaje agrario, sin voz ni voto para opinar... “hasta de la lluvia”. Es un paria.

Cuando no queda nadie en el lugar y la noche se le echa encima, a Héctor lo acucia el deseo de irse, de abordar la ciudad, el nuevo paisaje y reflexiona: “hay que vivir la vida. Aquí en la chacra no hay nada que hacer”...

Queda de pie en la noche, contando los pasos del alba que viene despacio, alborotando con sus ruidos amanecidos...

EL IMPLACABLE ENEMIGO

Mediodía. Hay una vibración otoñal en el ambiente. La chacra está envuelta como en un manto de seda transparente. A lo lejos, el festón del camino que se levanta en polvo denso al paso del automóvil. Todo está quieto en el entorno de la casa: las gallinas, los perros, los terneros en su piquete, las vacas en el callejón, a la sombra de las casuarinas. La familia también está quieta mirando el camino que se levanta en el polvo, tratando de saber cual es la causa de su desazón, de su inquietud.

—Voy a ver el sorgo — dice Santiago y encara la tranquera del primer potrero. Camina cabizbajo, tropezando en los bordes del surco antiguo, maldiciendo a los mosquitos que lo acosan. Avanza empecinado, queriendo ignorar el ataque del insignificante enemigo. Se golpea los brazos, agita el sombrero, se pasa las manos por la cabeza y se detiene enarbolando una imprecación.

¡Porquería!... — Y queda en la espiral torturante de los silbidos del insecto y de su frenesí sanguinario. Mira alrededor. Se golpea con el sombrero la cara, las manos, los brazos y vuelve, casi corriendo, sin ver el sorgo.

—¡Hay que hacer humo, Amanda!... ¡Hay que hacer humo!...

La mujer ha acumulado trapos mojados, arpilleras, ramas verdes de las casuarinas, trozos de cuero, de goma y está empeñada en prender el fuego. Ya se yergue una fina columna

de humo, que la brisa barre a la altura de los techos y se derrumba, acostándose y levantándose contra los pastos.

—Es terrible esta plaga —insiste Santiago—. Las vacas están despavoridas. No se mueven del callejón. No comen. Están nerviosas. ¡Con razón que dan poca leche! ¡Los mosquitos le chupan la sangre, no las dejan entrar en los potreros!

Cuando el hombre se aproxima a la casa y se sienta a la sombra del humo, que sigue haciendo piruetas y queda pensativo, la quietud vuelve al lugar. Y se percibe otra vez la vibración otoñal y la chacra está envuelta en la seda transparente. Pensamientos amargos brotan y languidecen entre la gente, unida por la cuerda del silencio.

—Todo iba bien —dice Santiago—. Llovió. Hay pasto. Sacábamos bastante leche. Estaba lejos el recuerdo de la sequía. Íbamos a comprar el automóvil y más vacas y... bueno, el montón de cosas que Amanda quiere para su casa, para sus hijos, para mí...

—Santiago estaba contento porque las cosas mejoraban. Ya casi terminamos de pagar la cuenta del médico y del farmacéutico por la enfermedad de Carlitos y me iba a hacer el vestido que me gusta y los delantales nuevos para los chicos que van a la escuela...

—Ojalá no se me asuste Amanda, porque si no... — pensaba el hombre de la casa.

—Basta que Santiago no se desanime... — meditaba ella.

Pronto llega la hora del ordeño y la familia se moviliza como de costumbre. Se traen los terneros, las vacas dejan el callejón y entran en el corral. Los chicos apoyan. Santiago y Amanda ordeñan. El humo espanta a los mosquitos y los mugidos rayan la seda del silencio y el otoño tiene un heraldo insólito en el silbido de la perdiz confianzuda.

Otro tipo de pensamiento aparece entre vacas, tachos, maneadas y berridos.

—Pasto hay y los malditos mosquitos no se quedarán para siempre. El frío los va a correr. Y si no que se queden... ¡Porquería!

—Cuando se vayan los mosquitos vendrá la sequía, quizá... Pero... ¡qué le vamos a hacer! La vida es así. Y el campo también. Si no puedo ahora, el año que viene me compraré el vestido con volados, y los delantales para los chicos pueden esperar: ¡total no crecen tan rápido como dicen!...

La chacra tiene el festón de los caminos levantados en el polvo y la vibración otoñal, pero están activas las gallinas, se mueven los perros, las vacas dan su carga de leche y los terneros cumplen su recreación de jardín de infantes.

LA QUINTA DE JUAN

Vicente viene de lejos. De Mendoza. Está afincado al pie de la cordillera, un poco en las afueras de la ciudad. En el lugar que llaman "Los Borbollones".

Salió de "Humberto Primo" hace años. Trabajaba en el campo y un día tropezó con un mendocino que le ponderó sus pagos, la fertilidad de la tierra, la regulación del agua, las acequias parlanchinas y que "había trabajo para todos".

Se entusiasmó. Consultó con su mujer y un buen día cargaron algunos bártulos en un camión frutero y se largaron a la tierra del sol y del buen vino. Trabajaron firme. Poco tiempo después compran una finca y la cultivan, como corresponde. Tienen dos hijos varones grandecitos y un buen pasar. Ahora Vicente quiere visitar a su amigo Juan, que se quedó en "Humberto Primo" y sigue en el campo, ordeñando. Nunca fue muy trabajador Juan, pero la patrona, Héliida, es de ley y lo ayuda para salir adelante con la hija única, que estudia, Rosita.

A media mañana apareció Vicente en el callejón que lleva a la casa de Juan. Lo vieron los perros y le salieron al encuentro con esa furia impresionante con que en el campo los perros le dan a uno la bienvenida. Vicente revoleaba la valija para tenerlos a raya hasta que llegara Juan, que se largó al trote para abrazar a su amigo:

—¡Estás joven, Vicente! ¿Y tu mujer y tus hijos? ¿Todos

bien? Me alegro. Ahí la tenés a Rosita. Está de vacaciones. Ya viene Héliida. ¡Qué alegría tenerte aquí! Pasá.

El grupo desborda afecto y la conversación se hace atropellada. Las preguntas y las respuestas están como vacas ariscas en un corral chico: revueltas.

Al día siguiente, cuando Vicente vio el campo y las vacas; asistió al ordeño, recorrió la casa, el potrero de alfalfa y los otros con pasto natural, conversaron sobre la vida, el trabajo, la familia, los inconvenientes, los impuestos, los precios de la leche, de la fruta y la verdura y se interrogaron mutuamente: ¿Cómo te va, Vicente? ¿Ganás plata? ¿Estás contento con tu chacra mendocina?

—Sí. Me va bien, Juan. Trabajamos mucho y podemos darnos los gustos. No me quejo.

—Yo estoy siempre en el mismo lugar. Siempre sin un peso. Arañando. Haciendo economía. Las cosas cuestan mucho, Vicente.

Las amargas reflexiones de Juan le preocupan a su amigo. Piensa que no trabaja como debe, con fervor, con entusiasmo. Con inteligencia e imaginación. Y podría. ¡Vaya si podría! Le falta voluntad, nada más. Vicente quiere hacerle notar esto que explica todo y no sabe cómo, para no herirlo. Piensa. En eso Juan le dice:

—Ni verdura se puede comer con lo que vale. La cebolla a 250 pesos el kilo, ¿qué me decís?

Vicente queda callado y, de repente, poniendo atención en cada palabra, mirándolo a los ojos, le reprocha: ¿Pero vos no tenés quinta, Juan?... ¿Y la quinta? ¡Hacéla, Juan, hacéla!

LA LECHE EN EL BARRO

Cuando llueve, el trabajo del tambero y de su familia se complica: es difícil acercar las vacas al corral, empujarlas al brete, apoyar, manearlas. Todo a pesar de las buenas instalaciones que se tengan para estos menesteres. La gente que trabaja en el tambo conoce las penurias de hacerlo con lluvia, con frío, penosamente, en esos días desapacibles en que todo se atraviesa, para desgracia.

Las vacas más mansas se vuelven ariscas, los terneros obstinados; el barro avanza sobre los tachos y el corral es una inmensa taza para el agua que cae insistentemente, hasta justo la hora en que se termina —gracias a Dios— con el ordeño.

Después, a cargar los tachos, acomodarse en la chata, embutirse en el impermeable y ¡a buscar el pavimento! O la planta enfriadora, o la cremería o la quesería donde se deja diariamente el precioso elemento.

Los tamberos que entregan a las fábricas de la ciudad y que viven un poco alejados de la ruta firme tienen que llevar la leche hasta el lugar convenido, donde los esperan o ellos esperarán el camión que viene cumpliendo una posta de tachos a lo largo del camino.

Posta que tiene etapas de un kilómetro o dos y en la que se usan los tachos repletos como testimonio del recorrido.

Es pintoresca esa reunión de transportadores de leche de los

tambos en los accesos a las rutas, en cada cabecera de camino de tierra que lleva a las chacras.

Desde las chatas sus conductores hacen toda clase de comentarios mientras esperan el paso del camión:

—¡Quejate de la sequía, quejate!...

—Vos estás contento porque sos como sapo para el agua...

Cuando arriba el camión “se le van al humo” al conductor:

—¿Che, Natalio, me trajiste el pan y la carne?

—¡Te olvidaste los cigarrillos, melón!

—¿Me compraste los remedios para el lumbago? ¿No? ¡Mirá que sos sancocho! A ver si te olvidás mañana, Firulete...

Transbordados los tachos la gente se desbanda. Algunos salen en hilera, otros toman por la banquina adelante o atrás en la ruta.

Dejan ennegrecido de barro el pavimento, la tierra seca al descubierto en los caminos, a causa de los resbalones de los matungos o por el tractor, o el camión de Don Luis, “que es el más rico de la zona y está mecanizado, lo que se dice mecanizado...”

Dos o tres días, mañana y tarde, así: la reunión de tamberos en la cabecera de los caminos de tierra sobre las rutas pavimentadas. Es cuando se desparraman las informaciones de la comunidad chacarera:

—Pedro compró un toro. Puro cuernos. Es un perro, no un toro.

—La Clara se hizo de un novio en el baile del “Arbolito”. Le dicen comadreja, por el hocico. ¿Qué me contás?

—No seas charlatán, Beto... Chau.

—Hacete curar por el veterinario, andá... Hasta mañana.

TARDE DE FERIA

Domingo sostiene el diario con las dos manos, acodado en la mesa y repasa con alguna dificultad —¿para qué lo vamos a negar?— el texto de un aviso de remate-feria, como le dicen. Se le oye silabear, despacio, como quien sube una cuesta: mil qui-ni-en-tas ca-be-zas... mil quinientas. A las 14 en nu-es-tras ins-ta-la-cio-nes. “Son muchos animales —piensa— y no creo que haya tanto interés”.

Se levanta, escupe el escarbadietes y, encarándose con la mujer, le dice: “me voy a la feria”. “Ajá! No te largués a comprar que está lloviendo poco...” Y cada uno se guarda sus reflexiones.

Cuando Domingo llega a las instalaciones de que habla el aviso, la tribuna está colmada, el martillero sopla el micrófono para probarlo y Marconeto, el capataz de pista, grita a los chicos que manejan las puertas: —¡abran!

Se movilizan los jinetes, batiendo el mondongo sobre el recado —bastante incómodo para apenas un ratito después del asado— y el lote del corral 43 está en el redondel. Son cinco vacas secas —total y definitivamente secas— con el armazón a la vista, los pezones largos, la ubre colgante y Campito, el martillero, las ofrece:

—Buen lote éste, señores. Son vacas sufridas, con un desbaste de meses, pero que, comiendo, pueden mejorar mucho y

hasta quedar bien en cualquier tambo. Pónganle precio señores, pónganle.

Nadie ofrece y al rato Campito, suspirando, grita para que se enteren todos que las ha vendido: “¡2,70 Frigorífico!” Las vacas salen como tiro por la manga que las lleva a la balanza, ante el alarde inútil de los troperos que no saben cómo hacer para lucir sus pingos.

Ahora es un lote de vaquillas, no tan flacas, el que ocupa el corral y hay cierta expectativa en la tribuna. Por ahí le toman la palabra al rematador y éste va cantando las ofertas, que se suceden con tanta rapidez que nadie puede localizar a los interesados. Al final, 110, 112, 115, 118... Una, dos, tres: son tuyas, Don Roberto. Balanza. Jinetes. Marconeto con las boletas, exhibiendo la parte solemne del trámite.

Desde el escalón más alto de la tribuna se larga saltando en una sola pierna, Don Salvador. Busca acomodarse contra el alambrado porque le gustan los novillitos que se mueven en el corral y le pregunta a Domingo, que se le ha puesto a tiro:

—¿Qué me decís del estado? Les falta mucho, ¿no? Aquél de la oreja partida parece asoleado, ¿cierto?

Campito está impaciente porque la gente “no arranca”. Salvador apunta tímidamente: —“Largálos, ¡bah!, con 80...”

—Tengo 305, 305, 305. Y los novillitos salen, al final, a 338.

Salvador lo busca a Domingo para decirle: —“Es mal negocio, che, pagar tanto por esos borregos”. Domingo no abre juicio porque a él también se le escaparon los terneros del lote 81. ¡Había llegado a 340 y se vendieron a 345! “¡La gente está loca, che!”

Al promediar el remate aparece don Emilio, el gerente de la firma consignataria, en la cabina de mando y empuña el martillo como Garibaldi su relampagueante acero y, al poco rato, se está despidiendo: —Muchas gracias, señores. Los esperamos el jue-

ves próximo y les anticipamos que para el sábado siguiente vamos a ofrecer más de 2.500 cabezas, toda hacienda de la zona.

Los muchachos de la cabina cargan los papeles, los troperos echan largas miradas al boliche mientras buscan un lugar para atar y los compradores se las ven mal para dar con el camionero que debe llevarles los animales al campo.

Salvador, hacendado de la zona, respetable y querido, sale despaciosamente del recinto, aborda el automóvil y, desde el asiento, le grita a Domingo, que se ha quedado averiguando no sabe qué, con Bonetto.

—Si no llueve pronto, los quiero ver a los taitas de los 345 pesos el kilo vivo, los quiero ver...

—Desde aquí a la plaza se va a escuchar el llorido, ¡dejálos nomás!

Benelli ordena los números, que chorrean pintura verde y con los que marcó los lotes, mientras la tarde se desplo- ma con sus últimas luces entre corrales, ensenadas y carga- deros. Los mugidos llaman a la noche que se anuncia con el afi- che de un farol amarillento de gas de sodio que juega su papel de pañuelo para la bienvenida.

EL CAMIÓN EMBANDERADO

Hace un rato largo que Natalio Pagge embanderó su camión transportador de leche. Lo hizo a principios de la semana, anticipándose a la fecha patria, a lo que se recuerda hoy: el 9 de Julio. Cintas y escarapelas en el parabrisas, en la trompa del capot, en las puertas... El camión está vestido de celeste y blanco. Su mujer y su hijo le ayudaron a adornarlo.

—Lástima que no haya una bocina que toque el Himno Nacional si no me iba al recorrido haciéndole sacar el sombrero a la gente... Sería lindo, ¿eh? — piensa Natalio, mientras acomoda el camión para cargar los tachos. Tres, no más. Se está ordeñando poco en lo de Brinchieri, en Presidente Roca. Saluda al tambero con un “¡Hasta mañana, gaucho!” y vuelve al camino y a sus pensamientos.

—“Yo quiero a mi Argentina, y vos?” —recuerda el texto popular—. No hay que tirarse a menos. Se lo digo siempre a Poncetti en la fábrica. Pero ese no aguanta nada. Claro, es jovencito y lo quiere todo sin sacrificios. Si hubiera tenido que pelarse las manos como yo para comer y mantener a la familia y pagar el camión, ya vería si hay que tener o no en cuenta lo que nos da el país, nuestro país...

Cuando entra al patio de Ledesma, la familia está reunida junto a la plataforma donde los tachos dejan escapar los flecos

de su precioso contenido y lo reciben como a San Martín después de San Lorenzo.

—¡Ah, muchacho!... ¡Viva la patria!... Y los chicos arremeten para sacar las cintas.

—¡No, che, dejá eso!... No es para jugar. Mírenlas y que se les grave bien lo que les dijo la maestra ayer: esa cinta es la patria misma... La Argentina que queremos, que tenemos que querer.

—¡Muy bien, Natalio! Así se habla — dice Ledesma. Yo pienso como vos y el día menos pensado pongo un mástil aquí frente a la casa y enarbolo todos los días la bandera azul y blanca porque aquí trabajamos duro, que es la única manera de ganar la batalla del progreso y de la tranquilidad... Y palmea, entusiasmado, al chico, que se le ha puesto al lado y que casi, casi, aplaude el discurso...

El camión está con sus banderas en el camino, otra vez y ahora Natalio se da cuenta de que casi todos son como él. Que hay muchos que se emocionan ante la bandera y que es cuestión de despertar sus sentimientos. Tiene la alegría de estos encuentros de todos los días con hombres de trabajo, como él, que recuerdan el 9 de Julio nada más que porque a él se le ocurrió poner banderitas y escarapelas en el camión.

—Las voy a dejar siempre — resuelve. Se entona y ya le sale de adentro algo como un verso, de los que oyó en la escuela alguna vez:

—¡“Voy a ser el abanderado de este ejército de trabajadores de la tierra, que todos los días ganan una batalla para la grandeza de la patria!”. Y se siente como si el ruido del motor fuera aplausos y vítores para su patriotismo.

LA CRÍA

Jacqueline es una vaquillona de buena estampa, de fuertes garrones, lindo lomo, amplio barril y excelente ubre, que está por tener cría. La han arrimado al corral, cerca del tinglado, para tenerla a mano. Toda la gente de la casa está atenta para intervenir, si es necesario. La vaca quedó echada, jadeante y, de vez en cuando, levanta la cabeza como para cerciorarse de que los dos o tres perros que la rondan no podrán atacar a su ternero cuando llegue. Norma, la mujer de la chacra, arrima al brete agua, maneadas y un lazo, porque van a tratar que Jacqueline se ponga cómoda allí, para el gran suceso.

Al rato todo está revuelto en "las casas". Uno corre a buscar remedios, el otro prepara el aparejo, busca la jeringa de las inyecciones y los demás —dos o tres chiquillos— la arremeten con los perros, también agitados.

—No hace fuerza, la pobre — dice Eliterio, que la oficia de partero. También, ¡flor de ternero el que se trae!...

Transcurren unos minutos en que todo es ansiedad, resoplido, carreras y pisotones entre los que se mueven fuera del brete.

—Alcanzáme el tiento, que le voy a atar la cabeza, para que no se dé vuelta... Así.

Continúa el trabajo febrilmente, hasta que, con un suspiro, Eliterio pone tranquilidad en el entorno.

—¡Listo! Jacqueline cumplió. Es una ternerita como para un concurso de belleza... Sigue la tarea de limpieza. A la recién nacida la lavan, la masajean cuidadosamente y la dejan sobre la frazada verde del piquete, observada de lejos por los perros garroneros, atentos a la amenaza de los cascotazos que ven sucederse por todos lados.

—Resultó medio difícil —dice Norma— porque la cría es grande y, claro, Jacqueline es primeriza... Ojalá tenga mucha leche, para la hija y para nosotros, ¿no?... Y ríe.

La vaca ha salido del brete ya repuesta del trance y queda cerca de su ternera en actitud expectante. El cuadro es corriente, pero significativo para la gente de campo, sobre todo cuando la madre es una vaquillona como ésta, de buena clase, que cuesta un dineral, ¿sabe? y, menos mal, que se portó y va a andar bien, porque Eliterio sabe su oficio y con una inyección y mucha comida pronto va a entrar en el tambo...

Jacqueline, ¡pebeta linda!...

LOS RECUERDOS

Vivía en un campo de Sunchales, allá por el 40. Lo habían criado entre vacas, en el cuadrado de tierra de la familia. Todo estaba allí: alegrías y penurias y allí quedaron, uno sobre otro, sus días. Podría nombrarlos, si se le ocurriera: el 15 de agosto de 1939, fue a la escuela por primera vez y los zapatos nuevos que le habían puesto le hicieron unas ampollas bárbaras; el 24 de octubre de 1943 lo llevaron a Rafaela porque era la fiesta patronal como dicen y estuvo largo rato en la “plaza grande” mirando pasar a la gente; el 24 de diciembre de ese año, por la mañana, la encontró en el camino a Clara, que volvía del almacén en el alazán del padre y se le puso al lado con su petiso moro, que había sabido ser de los Depetris. Ella estaba encendida, como la mañana, y por ahí le dijo, mirando entre las orejas del alazán el camino, que punteaban prolijamente los cascos del caballo: —“Me gusta verte cuando pasás para la escuela”. Fue cuando se dio cuenta de que lo quería. El día ese: el 24 de diciembre de 1943. Cinco años más tarde, para la misma fecha, se le murió el padre. Lo recuerda “como si fuera ayer”: estaba tumbado en la cama, vencido, con los grandes ojos tristes mirándolos a todos y un temblor en la mano que alzaba apenas, como si quisiera agitarla para el adiós. A mediodía —lo está viendo— se quedó dormido, para siempre...

—“¡No tendría que haber días para la muerte!” — murmuró.

Años más y el casamiento, un 30 de junio; el primer hijo, el 11 de setiembre de 1954, y después y siempre, la vida: el trabajo, las penas, las alegrías y los recuerdos...

La noche está llegando al trote, envuelta en un poncho de niebla y Fernando, don Fernando, va a su encuentro, repasando el camino que lo lleva al último paraíso, el que hace de guardián en el patio abierto para el descanso... Allí, en el verano último, el 14 de enero, se reunió la familia para decidir qué se hacía con el campo: ¿lo vendemos, lo alquilamos o qué? Fue entonces cuando él dijo, sentenciosamente:

—A mí no me sacan del campo. Yo voy a seguir aquí, para siempre. Si es necesario voy a trabajar para todos, pero aquí... aquí...

Y no dijo más porque le subía de adentro a la garganta algo que lo ahogaba. —Deben ser lágrimas — pensó. Y en medio del silencio que hicieron todos para su emoción, vio patente al padre, junto a la tranquera del primer potrero cuando el 18 de mayo, a la mañana, en 1948, el año de su muerte, lo llamó para decirle:

—Me acuerdo que mi maestro siempre me decía que uno puede caminar la vida, llegar y volver y quedarse en el lugar que quiera y que allí o en otra parte vas a encontrar alguno que te quiere, cuando ya no estés más. Cuando te quedes, al final, sin vuelta posible... Eso son los recuerdos, mi hijo, los buenos recuerdos, claro...

LOS CINCO PARAÍOS

En la chacra que fue de los Giraudo, en Desvío Zanetti, están todavía, añosos, carcomidos por el tiempo, ahora nidos para comadrejas, los cinco paraísos que plantó hace muchos años, casi a principios de siglo, Santiago Giraudo. Están en un rincón de la quinta, agrupados, como en un coloquio que no terminara nunca. Sugieren así, enhiestos, graves, como dolidos, todos a un mismo nivel, junto a la casa, un cónclave solemne cuchicheando misteriosas consolaciones.

—“Estos paraísos los plantó mi abuelo” — cuenta Roque Enrique a un matrimonio que detuvo su automóvil en la chacra para reaprovisionarse de agua y al que llamó la atención esos árboles que aparecen reunidos, resistiendo heroicamente los embates de la vida. Y, ya visible el interés de sus interlocutores, agrega:

—Fue un año bravo el de 1905 para los agricultores de la zona. Hubo sequía, langostas y penurias con las vacas, los caballos y todos los animales del campo. Ni forrajes, ni ración, nada. El desastre. De todos los colonos de por aquí, el más castigado fue mi abuelo, hasta el punto que pensó en abandonarlo todo, levantar la familia para llevarla a Clucellas y ¡que fuera lo que Dios quisiera! Estaba desolado. Miraba la tierra por donde paseó su júbilo chacarero entre relinchos, conduciendo el arado que dejaba los tres surcos húmedos para su ansiedad de trigo ma-

duro y desembocaba ahora en la soledad de su desesperanza, en el vórtice de un dolor que lo atrapaba irremediablemente.

Sus amigos de los alrededores sabían que a Santiago le iba mal; que no tenía más el arado, ni la chata; que se le morían las vacas; que no sembraba, porque no le fiaban la semilla y que, desgraciadamente, estaba terminado.

Lo comentaban en el bar de Pedro, un domingo, después de la misa en la capilla. Alfredo Origlia, cuya chacra lindaba con la de Giraud, del que era amigo consecuente, los miró a los de la rueda, se acarició el bigote opulento y, apurando el último trago, yéndose hacia la puerta, dijo:

—Mañana a las siete voy a ararle el campo a Yaco.

Silenciosamente salieron los otros y, cada uno en su volante, azuzó a la yunta tiradora como si lo agitara el anuncio de una batalla que había que ganar.

Santiago estaba, temprano, preso de la angustia de su fracaso, oteando el horizonte, donde se había levantado el telón de la madrugada sobre otro día de luz restallante, cuando el ladrido de los perros lo llevó a empujones hacia afuera, hacia la puerta, por donde entraba en ese momento Alfredo Origlia resuelto como un combatiente sobre su arado —carro de guerra—, conteniendo a los seis caballos que lo arrastraban al trote, en demanda del primer potrero para la faena del surco. Pasó frente a mi abuelo, diciéndole:

—¡Yo te voy a arar todo el campo, Cristo! Y enderezó las yuntas para la primera melga.

Santiago quedó como clavado en el sitio, viendo, a través de las lágrimas, cómo se deshacía la nube de polvo que levantaba el grupo arador, con Alfredo gritando su rabia por haber esperado tanto para hacer lo que estaba haciendo. “Yo te voy a dar sequía” y el látigo hacia Capirotos en el lomo reluciente de las bestias.

Mi abuelo iba a entrar a la cocina, con su llanto, cuando llegó al trote de los moros viejos la chata de Juan, repleta de bolsas, en cuyo lomo gritaban su alegría este gran muchacho y sus amigos Conrado y Sebastián.

—Esta es semilla, Yaco. Semilla para vos. ¡Para que te quedes y esperés el trigo con nosotros!...

Y se descolgaron los tres para abrazar a Yaco, que no sabía cómo iba a contar eso a su mujer y a sus hijos y, cuando las bolsas estaban en el galpón, se hizo presente en el tilburi con pescante y guardabarros, Prudencio Lallana, el “langostero”, que bajó rápido y, sin esperar a que Santiago lo saludara, sacó un fajo de billetes del bolsillo y se lo alcanzó con ademán convincente:

—Tomá. Es todo lo que pudimos reunir; pero te va a servir para algo. Y lo abrazó.

El pequeño grupo estaba junto a los cinco árboles que parecían como escuchar el relato de Roque Enrique, que terminó enternecido:

—Estos son los cinco amigos de Santiago Giraudo, mi abuelo. Él mismo plantó los cinco paraísos para tenerlos a su lado, como a sus cinco amigos, para siempre.

LOS PUENTES

Los hombres se han reunido en el camino cortado por el canal, justo donde se levanta la estructura de hormigón de un puente, todavía no terminado. Caminan, miran y comentan:

—Hace rato que pagamos este puente y el canal y el reajuste y ¡la mar en coche! pero todavía no podemos cruzar. Tenés que dar la vuelta, perder tiempo, gastar nafta...

—Siempre lo mismo: el gobierno anda despacio. ¿O vos viste alguna vez un empleado que se matara por atenderte? ¡Vamos!...

—A este puente no lo terminan nunca. A los otros tampoco. El que está en el camino del “linyera muerto” y el que va a Aurelia y el de más acá y el de más allá. Todos están descalzados. Estos se creen que uno es un chimango y que los va a pasar con un volido y que a las vacas las vamos a levantar con helicópteros...

—Hay que rellenar los huecos de prepotencia y empezar a usar estos puentes, ¡qué se creen!...

La mañana se desploma contra los potreros de tierra endurecida y matas resacas, mientras los hombres hacen su teoría de viandantes sobre los montículos de tierra extraída para hacer el canal Rafaela-Las Prusianas.

—El famoso canal, piensa Maidana. Para cruzarlo hay que acomodarse mucho, porque, en una de esas, el automóvil queda patas arriba...

—Únicamente a caballo, si el matungo no se te empaca, podés llegar rápido al otro lado — le aclara “el Pocho”.

Más adelante, bamboleándose en lo alto de la montañita rusa que marca el curso del canal, Francisco, el padre, se pone a gritar:

—¡Hay que traerlos aquí a todos esos, ponerlos en hilera y decirles que pasen sin mojarse! Y ríe. ¡Si son brujos!...

La reunión culmina, a la hora del almuerzo, en un cruce de caminos. Se repiten los comentarios sobre los puentes descalzados que ya se pagaron; los caminos intransitables (“estos de Vialidad están dormidos”); las dificultades para cruzar las tropas y por ahí va uno y ensaya un chiste:

—Le voy a decir al ingeniero de Hidráulica: sígame, ingeniero, ¿a usted le dicen “puente de La Prusiana”, no? Bueno, ¿a que no sabe por qué? ¡Porque nadie lo puede pasar! Y se empina en una risotada estimulante que hace su efecto, porque todos celebran la chispa del gordo.

—¡Está lindo! ¡Justo! ¡Hay que decírselo!...

La conversación termina cuando pasa la camioneta de Don Segundo, con una densa polvareda a la rastra que envuelve a todos y los deja desembalados, porque se cortaron los hilos de la conversación sobre los puentes. Como ya es hora de arriarse a la casa para la comida, Francisco, a manera de despedida, larga el pial de su discurso:

—Tenemos que unirnos para protestar en forma. Hay que mandar telegramas, reunir firmas, ir a Santa Fe. Si nos quedamos esperando, nomás, quietos, no va a pasar nada. Si están hechos, ¡caray! ¡que los inauguren...!

Pensando que el hombre va a seguir y que ya se habló bastante del asunto; porque se enfrían los fideos y la patrona grita, el más lerdo del grupo, que estuvo de acuerdo con Francisco, le dice:

—Bueno. Vamos a comer y después la seguimos, porque esto no se va a terminar mañana, ¿no?...

El lugar queda vacío de protestas y una lechuza, que estuvo atenta, como oficiando de secretaria de actas, levanta vuelo desde el poste donde asistió a la reunión y deja la rúbrica de un chillido para testimoniar su presencia.

“CORAZÓN, TRACTOR, SURCOS”

Segundo subió al tractor nuevecito, después de haber revisado, prolijamente, el arado de cinco rejas, también para el estreno. Apareció como un jinete de la nueva era, atento al estremecimiento de la máquina, como al del caballo cuando se da la ocasión. Estos chacareros, montados en los tractores potentes, fingen una especie de argonautas en la suave turbulencia de los pastos cuando trazan las primeras melgas para la reivindicación del potrero y andan sobre las olas adormecidas de la mañana, mirando a la arpillera que, colgada del alambrado, jalona la intención de la recta. El tractor arrastra sin esfuerzo el implemento de la roturación y sus vertederas vuelcan la tierra húmeda, marcando el surco, en una total conjunción de ruedas, cuchillas, esfuerzo, precisión y regusto del trabajo bien realizado.

Segundo ve deslizarse la alfombra del pastizal bajo la máquina trepidante y advierte que tras él queda la estela de cinco líneas paralelas, que son otras tantas estrías abiertas por cinco dedos de hierro en la piel fragante del campo, que el grupo —corazón, tractor, rejas—, transita acompasadamente. El tiempo transcurre lento, pesado, denso, para el arador. El ruido del tractor lo envuelve, lo penetra, lo transporta, le cierra la visión del potrero, que señorea con su ritmo, su fiebre, su fuerza; lo invita a dormir, hasta después, en la falda maternal de la mañana, en el acolchado de su luz espesa, de sus trémulos de pájaros

invisibles, pero él rechaza la ominosa invitación, y canturrea con mala entonación, silba, habla en alta voz, se despereza... La máquina lo lleva, lo arrastra sin alternativas, como si los surcos ya estuvieran abiertos atrás y adelante, y él debe reconocerlos, nada más y jugar con los recuerdos que le llegan en bandadas... Ahora está en la infancia; en la adolescencia, después. Siempre sentado en el arado de tres rejas, conteniendo los caballos, ennegrecido por el polvo que levanta el persistente viento del norte, repasando el potrero aplastado, endurecido por la sequía. Por la noche desata las yuntas, por un rato, apenas, porque cuando aclare habrá que seguir... Él por un lado, los hermanos por otros. Lo ve a Don Marcelo, su padre, agobiado sobre el arado minúsculo, —nada más que un punto impreciso sobre el campo de espartillos— en Bella Italia, conduciendo, adormecido también, los seis caballos que, a duras penas, avanzan en la tarde madura. Lo ve que baja de su sitial de hierro y ata un tiro cortado y salta de repente para esquivar a una yarará, espantada por la yegua mora, siempre remolona.

El tractor sigue su curso de arquitectura, tirando líneas sobre el tablero del campo entristecido de sombras, y Segundo termina la melga con la melancolía del que vuelve de un viaje alucinado y se refugia, para el descanso, en la tibieza de su emoción, crecida al ritmo del tractor, a lo largo de muchas horas de arar, como en la vida...

EL GRINGO DOMADOR

—Ya no hay domadores de caballos y los pocos que pueden andar por ahí toman las changas sin interés, cobran una barbaridad y, al final, entregan al pingo sin boca, caldeado, a veces con la quijada rota... Un desastre, ¿no?

El que hablaba era un hombre de campo; de campo, sí, pero de cerquita nomás. Digamos un gringo, de esos gringos conocidos que pueblan todo el país. Que vinieron hace mucho para volverse pronto a la patria antigua y se quedaron. Esos gringos son domadores también. O eran, para decirlo con más precisión. Porque ya se acabaron los gringos domadores. Ahora casi todos son criollos. De los otros hay muy pocos.

Pero, de vez en cuando, se da el caso de que, sin quererlo, se topa uno con un gringo domador.

Fíjense en el nombre y apellido de este: Arturo Luis Debrabandoni. Entrerriano el hombre. De Colonia Clara, cerca de Villaguay. Joven, elástico, con una sonrisa permanente que es como la "piola" —el lazo para nosotros— que lleva del brazo y que arroja con precisión gaucha, para pialar la simpatía que puede rondarle.

—¿Así que Ud. es domador?...

—Sí, señor, domador...

—Usted sabe que se terminaron los domadores, ¿no?; que ahora toda la gente del campo aprende a manejar tractores, pi-

cadoras, elevadores, cosechadoras. ¿Que antes eran de a caballo y ahora son “tuercas”?...

—Yo soy “tuerca”, pero también soy de a caballo y antes que un automóvil prefiero un buen pingo. Ése, por ejemplo. Y señalando a un magnífico tostado patas blancas, le grita:

—“¡Patria!”

El caballo levanta la cabeza, sacude el freno y da vuelta, nervioso, al poste al que está atado.

Todo está dicho. Entre el hombre y su caballo existe la comunicación, el conocimiento, el cariño, ¿por qué no lo vamos a decir? Podemos celebrar el hecho de estar frente a un auténtico domador, Arturo Luis Debrabandoni. Entrerriano. Ahora de este lado del túnel, ya bastante entendido como los piemonteses, en cuadrados, hectáreas, concesiones y en la “bagna cauda” y los fideos al pesto.

—Lo felicito, amigo, por ser domador. Que es decirle un piropo.

—Así es. Gracias.

—Usted sabe que el criollo auténtico quiere al caballo y, por quererlo, sabe domarlo. Lo amansa “de abajo” con perseverancia y paciencia. De ahí que los chuzos le salgan parejitos y liberales, sin mañas.

—Justamente todo eso que ha dicho me gusta, porque entiendo que a Ud. como a mí, nos emociona este noble animal que está quedando, nada más que para las exposiciones. Y le digo gaucho, para devolverle el piropo.

—Gracias, amigo Debrabandoni y ojalá sus hijos y sus nietos sigan con su afición, aunque modernizada y alguna vez respondan a la pregunta de si les gustan los caballos, como a nosotros:

—¡Hasta quién sabe cuánto!

REFLEXIONES DE UN TAMBERO

Esta estampa está contenida en una carta que he recibido y que me envió Andrés, un tambero de la zona. No doy el apellido porque me ha pedido que lo identifique así, nomás: Andrés. Esta es su carta, que transcribo sin quitar ni poner nada:

“Egusquiza, 20 de octubre de 1973.

—“Yo soy tambero y a mucha honra. Tambero-tantero, como reza el contrato. Desde hace unos 12 años trabajo en un campo de 133 hectáreas, bien dividido, con una buena casa - habitación. En la actualidad ordeño 30 vacas y cobro, término medio, 200 mil pesos viejos por mes. Cuando empecé, apenas casado, la grasa se pagaba de 110 a 130 pesos el kilo; ahora, Ud. lo sabe, la están liquidando a 2.200-2.500 pesos. Estoy contento. Tengo mis ahorros para cuando me retire. Con mi mujer y un chiquillo, que nació aquí, en este cuadrado donde vivimos, realizamos las tareas corrientes: sacar leche, cuidar de los alambrados, plantar árboles, cultivar la quinta, cuidar unas 200 gallinas y pollos, patos, pavos; atender los dos molinos, darles de comer a cinco cerdos, otras tantas ovejas y a una docena de chivos. Todo convenido con el patrón, Don Pedro, que es atento, cordial, justo y que conoce la vida campesina. Empezó con nosotros o nosotros con él, hace doce años, cuando compró el campo al que tuve acceso, afortunadamente,

por la recomendación de un amigo. Nunca me preocupó cambiar de campo, ni de patrón, a pesar de lo que me decían, —tal vez con buena intención— algunos vecinos. Yo estoy escarmentado por los dolores ajenos sobre el trajinar de un lado a otro. Los que no se conforman, al final no llegan a ninguna parte. Gastan energías y dinero en mudanzas, procurando trabajar menos y ganar más, sin caer en la cuenta de que esto es imposible, a pesar de lo que digan Benjamín, Prudencio o Santiago. Los que más ganan son los que más trabajan y no hay vueltas que darle. *Para mí el tambo es una fábrica. Una noble fábrica* a la que estoy dedicado con toda mi voluntad y entusiasmo. Las vacas son las máquinas y merecen cuidado y cariño. Yo sé manejar estas máquinas —mis vacas— y no quiero manejar ni cuidar de otras, porque a cualquier comedido se le ocurra que con Tomás o Miguel o Sofanor puedo sacar más. Allá él. A mí me dejan con Don Pedro y este cuadrado y estos animales y estas cosas que ya son un poco mías: la casa, los caballos, la chata, los árboles y los pájaros que siempre vuelan a mi alrededor. La ilusión de trabajar menos y ganar más me puede llevar a vender navajitas en una esquina de la ciudad. Yo nací para el tambo. Encontré uno y me quedo, procurando que todo ande bien. Creo que eso es tener sentido común para encarar la lucha por la vida. No voy a jugarme a cara o cruz el porvenir de mi familia y no quiero que alguna vez se acuerden de mí diciendo: “no paró en ninguna parte”, “cuando no lo echaban, se iba”. Y ahí lo tenés: haciendo changas. Es inútil: vaca que cambia de querencia... ya saben el refrán.

Saludos.

Andrés

TARDE DE TORMENTA

—Parafraseando a Cortázar podemos decir: de todos los temas, el tema. Y ubicar esta especulación casi literaria, en el ámbito de la chacra, en la casa-habitación de la chacra, la tarde del miércoles último, precisamente. Tarde de tormenta, “de lluvia a baldes”. Estaban los muchachos “de alrededor”, que volvieron de entregar la leche y se les dio el juego del mate, mientras se descolgaba el aguacero.

—Esta vez llueve en serio — dijo uno. Oí que hace como cinco años que no se daban noventa milímetros por aquí.

—Parece que sigue con ganas el tiempo loco —le contestan—. Anoche, esta mañana y ahora... ¿Quién decía que ya no llueve por estos lados como antes? Este mes nos ahogamos...

El que tercia enseguida es baqueano en lo de pronosticar la lluvia y se explaya sentenciosamente:

—Yo lo escuché los otros días al Director de la Estación Experimental del INTA, hablar de este tema de la lluvia y dijo cosas muy interesantes, que hay que respetar, porque él es técnico. ¿Saben qué dijo sobre la lluvia en esta zona? Pues: que no hay nada de eso de que ya no llueve como antes, que el tiempo ha cambiado, que hace cincuenta años llovía en forma y por eso se hacían grandes cosechas... “No —aclaró—, no hay nada de cambios. Lo que pasa es que gastamos más agua que antes. El

progreso, ¿saben? La gran cantidad de animales vacunos que tenemos por aquí...”

—¿Porque hay muchas vacas no llueve? —le interrumpen—. ¿Las vacas se toman toda el agua?

—Más o menos. Escuchen bien. Ud. y Ud. El Departamento Castellanos tiene una vaca por hectárea. Son 670 mil hectáreas y 670 mil vacas. ¿Saben cuántos litros de agua toma por día una vaca? Digan...

—Yo no los conté —dice Marcelo— pero pueden ser 10, 15...

—No, señor. Una vaca toma 50 litros de agua por día. Multiplique 670 mil por 50 y va a tener la cifra de los litros de agua que se consumen en Castellanos por día y por cuenta de las vacas, no más... 33 millones 500 mil litros.

—Interesante, ¿no? —afirman casi a coro varios de los muchachos de la reunión.

—Ahí tienen una gran razón sobre la escasez de agua. No es que no llueva como antes. Hay más gente en el campo. Los métodos son distintos para el trabajo. Necesitamos humedad y nos la pasamos pidiendo agua, como el chajá. Y si no llueve justo cuando nos parece oportuno hablamos de la lluvia con nostalgia: “Antes sí que llovía. Había agua. Se podía trabajar y ganar plata a bochas”. Háganme el favor. Terminen con los lamentos. Recuerden lo que dijo el ingeniero, “que antes se sembraba una vez en el año y ahora dos veces o más. Y que hay más vacas y que se usan tractores y que nadie rompió todavía el pie de arado y que todo lo esperamos del cielo: el sorgo, la alfalfa, los terneros sanos y las vacas muy lecheras...”

Después de otros juicios y refranes sobre lo que “el hombre propone y Dios dispone”, “el agua viene de arriba y... aguanten”, “la sequía es un castigo, pero la inundación no es gracia divina, que digamos”, terminan los mates y se desbandan los tamberos. Algunos cargan a los chicos que trajeron en el viaje para aliviar

a la patrona y, chapaleando en el barro, los caballos enderezan, cansados, para la querencia...

—¡Mañana Natalio va a llevar leche para las mamaderas, apenas! — grita el más adelantado en el camino.

—¡Lindo va a ser ir a misa para que deje de llover! — le contestan.

La noche se viene al galope con su manto brillante de agua y en los charcos quedan un instante los fogonazos de los relámpagos fotografiando la tormenta.

LA MUCHACHITA DEL TAMBO

En la bruma de la madrugada, las lecheras impacientes se traban en los mugidos buscando el rumbo del corral de ordeño, es decir: el camino repetido, donde resuenan las pezuñas en el trote que las acerca a la cría.

El boyero las arrea despacio, con un silbido monótono, atento al suave bamboleo de la urbe generosa.

—La familia —dos, tres, cuatro— trajina en el corral preparando tachos, manecas, baldes, pomadas y curabicheros, por si acaso fueran necesarios. Y, en medio del corral, se yergue la muchacha quinceañera, buscando la vaca de turno y la empuja hacia el brete, palmeándola en el anca, al tiempo que le grita:

—Vamos, Paloma, vamos... Paloma...

Apenas si muestra la cara a la madrugada. Lleva la cabeza cubierta con un basto pañuelo que no alcanza a contener el derrame de los cabellos dorados, y, como es linda y fresca, están bien los pantalones gastados, la blusa abundante y el colorinche de la risa, que estalla cuando el ternero no alcanza a acomodarse rápidamente para el apoyo.

La chacarerita de la égloga está con sus sueños en el disloque de las pezuñas y de los mugidos, junto al horizonte de niebla apretado a las últimas sombras. Terminará su tarea cuando los tachos estén en la plataforma del tambo, para pasarlos al carro de transporte. Más tarde, despojada del rústico atuendo,

volcado el caudal de sus cabellos, limpia y encendida de rubores, como la mañana, se dará la imagen de la empeñosa muchachita, lucida, graciosa, en viaje al pueblo para el baile. Será el itinerario de la música fácil, del romance recién nacido. Ahora son los sueños de la madrugada, del fin de la noche, que se empina por sobre el lomo de las vacas en el esfuerzo con que ayuda al nacimiento del día en el cuadro rural.

UN BRETE PARA INÉS

Inés es la hija de un tambero. Tiene doce años y está por terminar el ciclo primario en la escuela de campo, próxima al lugar donde trabaja su familia. Ya no juega con muñecas, ni se preocupa mucho por las apetencias de su hermanito, entusiasmado con los aviones, los automóviles y otras expresiones comunes de la mecánica actual. Apunta a otras satisfacciones: la del vestido nuevo, el corte de pelo "a la moda", la posibilidad, no tan remota, de que la lleven a un baile y parecerse, en elegancia, a las chicas que muestran las revistas que, un tanto espaciadamente, le llegan a las manos.

Estas inclinaciones perfectamente lógicas no la apartan, sin embargo, del cumplimiento de las pequeñas tareas que la madre le ha asignado en el manejo de la casa y del tambo, como consecuencia.

Inés es diligente, laboriosa y sabe que tiene cierta responsabilidad en el desenvolvimiento del grupo familiar y la acepta con alegría, sin claudicar, es cierto, de sus ensoñaciones infantiles que, a veces, la tienen detenida en medio del patio, apoyada en la escoba, hasta que María —la madre— le grita:

—¡Inés! ¿Estás dormida? Estás escuchando el canto de los pajaritos... ¿qué tenés en la cabeza? Vamos, terminá eso, que ya viene papá con los tachos...

—Ya voy... Ya voy... ¿No puedo descansar un poco?

Y reanuda la tarea, mientras María encara la limpieza de la cocina y el papá descarga los tachos que le devolvió el camionero y desata los caballos de la chata, apurado para el consiguiente comentario del día en la cocina, al lento ritmo de los mates que le sirven, habitualmente, tanto su mujer como su hija, según el apuro de una u otra para terminar el trabajo.

Esta mañana la conversación giró sobre el aumento de la producción, los 150 litros entregados, recién no más, y los que se van a sacar por la tarde:

—Estamos punteando los trescientos, ¿eh?

—Sí, gracias a Dios, mejoramos...

—Me parece que es hora de que empiece a ordeñar Inés...

—¿Qué dicen?

—Que vas a empezar a ordeñar vos también...

—¡Claro! Cuando quieran. Yo sé.

—Le vamos a decir al patrón que te haga un brete para vos en el tambo. Así te arreglás con tus vacas y entre los tres las cosas van a salir más rápido.

Queda resuelta la incorporación de Inés al personal activo del tambo. La muchachita se muestra encantada con la perspectiva de ser útil en una medida más amplia a su familia y, mientras reflexiona sobre un montón de cosas relacionadas con el ordeño, las vacas, el pasto, los terneros y esa percuciente ansiedad por hechos nuevos, se encamina al tambo para ver en qué lugar le van a construir “su” brete.

Sin resignar sus sueños, Inés queda en la realidad de una experiencia nueva, que hará madurar otras esperanzas en su corazón. La mujer apunta su ideal en ese brete que harán, “para ella”...

EL REGRESO

Daniel comenzó a pensar en irse del campo la tarde en que su amigo Julio cayó a la chacra en un Ford "T" pintarrajeado y, desde el patio, le gritó:

—¡Vos te la pasás en el tambo, che! Vine a buscarte para dar una vuelta. Voy al pueblo. Pero, claro, vos no podés dejar... ¡Qué lástima! Bueno... ¡Chau, Daniel, chau!...

Daniel apretó la cabeza contra el vacío de "La paisana" y siguió ordeñando con rabia. La llegada del amigo lo dejó malhumorado.

—Desde los diez años estoy en esto — pensaba. Va para un año que hice la conscripción y sigo sacando leche. Mañana y tarde, todos los días... Ya estoy reventado.

A la mañana siguiente trajo las vacas al corral, acomodó los tachos, colgó el "sol de noche" en el tirante del tinglado y, cuando llegó la hermana —María—, ambos comenzaron la tarea.

—Primavera... Primavera... ¡Vamos, vaca!... ¡Vamos!...

—¡Petisa, al brete!... ¡Dale, haragana, dale!...

Los chorros de leche cantan su canto monocorde contra el zinc del balde todavía vacío y Daniel grita, dominando los mugidos:

—¡Me voy al pueblo, María! Dejo el campo. Estoy aburrido: siempre vacas, vacas, leche, leche... ¡Que venga a ordeñar el

viejo otra vez, qué embromar! Todavía puede. Yo me voy al pueblo, a trabajar en otra cosa...

María no entendió bien. Pero, repasando las palabras que se tumbaron sobre el anca de "La Petisa", supo que Daniel quería irse al pueblo. No dijo nada. No pronunció una sola palabra hasta que se encontraron en la cocina, después del ordeño, para el café con leche. Entonces inauguró una breve perorata:

—¿Vos te vas, no? ¡Pobre hombre! ¿Qué vas a hacer? ¿Me querés decir? Morirte de hambre. Te llenó la cabeza Julio. ¿Pensaste bien en el disgusto que le vas a dar a papá? No te importa...

Daniel se fue a los pocos días. Salió para Rosario en un ómnibus que tomó en Rafaela. Ya conocía aquella ciudad porque hizo el servicio militar por allí. Y anduvo sus calles y conoció sus cafetines, los boliches y una punta de cosas más.

Su familia lo saludó con un disimulado encono. No por ellos, por el abandono de su cariño y de su amparo, sino por el campo. ¡Maldito sea!... Dejar el campo. Salirse del campo, como de una vaina de recuerdos y vivencias maravillosas... ¡Hay que ser falluto!...

María le transmitió el mensaje del padre cuando lo apretó en el abrazo fraterno, con músculos endurecidos, en el tembladal de los gestos imprecisos, al filo de la mañana, recostada en el retorcido ñandubay de la tranquera, que proyectaba su sombra en el suelo.

—Cuando te parezca, volvé. La tierra siempre va a estar aquí. Con nosotros sosteniéndole el cielo. Papá me lo dijo anoche cuando vio tu bolso listo para el viaje. Está amargado, pero te quiere. Dice que vos estás hecho de tierra caminada por el arado, repasada por las vacas y que en tu corazón está ensartado, como en una lanza, el grito de mamá cuando te tuvo, aquí en la chacra, entre retumbo de tachos, el ruido de los chanchos a la hora de la ración y el latigazo del alambrado cortado por la fu-

ria de ese toro que le compramos a don Ricardo, como para celebrar tu nacimiento...

Daniel se fue con una pena nueva a la rastra. Iba marcando el camino para el regreso inminente, porque en el tembladal de los gestos imprecisos, en la hora de la despedida, estaba todo lo que amaba: esa tierra de que estaba hecho, que sentía amon-tonada adentro, con semillas y plantas y rastros de pezuñas y gritos forrajeros cinchándolo para el umbral de sombra que había traspuesto nada más que para volver pronto, al primer encuentro con la nostalgia...

“PROHIBIDO CAZAR”

Alfredo puso el último clavo para fijar la chapa en el poste y, saltando la cuneta, se situó en medio del camino, como para comprobar si el letrero era visible y se entendía la inscripción que hizo con un poco de pintura roja, trabajosamente. Leyó: “Prohibida la entrada” y cayó en la cuenta de que le había errado y, hablando consigo mismo, se reprochó: “Si seré duro. Había que poner “se prohíbe cazar”. Y allí no más, con el cuchillo que llevaba en la cintura, borró lo que estaba mal y escribió con el resto de pintura, a duras penas, “casar”. Vuelta al camino y a leer “se proíbe casar”, una hache y una ese, incómodas en la lata: una por ausente, la otra por metida... a la bartola.

El letrerito quedó allí prohibiendo la caza, según las optimistas conclusiones de Alfredo.

—En la casa, ante la familia, reflexionó: “Es una vergüenza. Todo el mundo sale a cazar y la gente se mete en los campos con cuarenta perros flacos, cinco o diez chiquillos y meta tiros. O meta boleadoras de alambre o meta hondazos. No les importa la hacienda, ni los que viven cerca... Nada. Hay que agarrar alguna liebre o matar perdices o cualquier cosa. ¡Total! Pero ahora se acabó y, recordando lo del cartelito, agregó en voz alta: “Se proíbe casar”. Y que no se larguen porque las van a pasar mal...

En efecto, el primer safari por el campo de Alfredo, pasó a

la mañana, tomando el cruce, justo en el lugar donde estaba la lata luciendo las letras coloradas, como de vergüenza.

—Pá —gritó uno de los chiquilines de la casa— allá anda gente cazando. Mirá los perros en hilera. Y los chicos con boleadoras... No han visto el letrero, claro.

—Lo habrán visto, pero no saben leer, ¡que si no qué iban a entrar! Allí dice “prohibido”, qué embromar...

Alfredo está indeciso. Le molesta el atropello y quisiera parar la invasión, pero la mujer lo contiene:

—Dejálos. Total ya se pasan al campo de Aurelio. No saben leer. Tenés que pararte contra el alambrado cuando los veas llegar otra vez y decírselo: Oigan: esta prohibido cazar en este campo, ¿saben? Y listo. O cazá algo vos y alcanzáselo.

Por la noche continúa la conversación:

—No les importa nada. Uno se mata escribiendo un letrero y ellos, como si nada. Al contrario. Te toman el pelo. ¿Oíste el alarido del flaco ése de la camisa azul cuando se dio cuenta que lo mirábamos desde el corredor? Si cuando pasó cerca del Lindura, el toro, lo acarició. Habrá tanteado, a lo mejor, para ver si estaba gordo...

—¿Qué querés? Salen a campear y, en vez de agarrar para el despoblado se quedan aquí no más, cerquita, entre los tambos. Creen que hay más...

—Algunos no se alejan mucho de los boliches, por si se da la buena de alguna media docena de perdices o alguna liebre para cocinar a la estaca. Si los parás se te enojan, es cierto...

Alfredo, al día siguiente, tempranito, va a retirar el cartel con la leyenda que ya conocemos y lo encuentra dado vuelta, al revés la inscripción, arrugada la lata, irreconocible...

—Con razón no le llevaron el apunte, dice. Y queda pensando que, no todo entre la gente, es cuestión de letreros...

EL HIJO

Se habían casado casi un año atrás en Rafaela, pero la fiesta la hicieron en el Salón de Lager, porque ellos, Chiquita y Lolo son de Bella Italia. Mejor dicho: Lolo es de Bella Italia. Su *mujer es de Felicia*. Forman una linda pareja de jóvenes campesinos. Se conocieron hace dos o tres años en el "patio luz" de "El Arbolito". Cuando los vio bailar muy apretados y ruborosos, Lager dijo para sus adentros:

—“Estos se van a casar pronto...”

No le erró el hombre, porque, no sólo se casaron al poco tiempo, sino que ya está por dar frutos el matrimonio.

A propósito del hijo por venir, Lolo está ansioso y soliviantado. Lo desubica un poco lo que está pasando.

—“Tener un hijo no es cosa de juguete, ¿no? — piensa. ¡Ojalá vaya todo bien! Y que sea sanito y que Chiquita no sufra mucho... No es cosa de juguete, no”.

En el cónclave de suegros, hermanos y cuñados crece la expectativa por el inminente arribo de la criatura. La chacra está adornada con moñitos celestes. Eso parecen las flores del lino: moñitos celestes desparramados por doquier.

—Señal que va a ser varón — se aventura a decir Chiquita. Y le responde el griterío de la familia, reunida en el amplio corredor, por donde se vienen en estampida los ruidos del patio.

poblado de gallinas, lechones, pavos y dos o tres perros juguetones que alborotan a los demás habitantes.

Lolo está pensativo y espera, nada más, que lo dejen con su mujer, solitos, para dar rienda suelta a sus preocupaciones.

Apenas ponen en marcha los automóviles en que vinieron y se van los parientes, le toma la mano a Chiquita y la abriga con su ternura, que se resuelve en un abrazo desplegado como un poncho sobre la espalda breve. Van caminando por la vereda del crepúsculo, con la presencia del hijo que está en ella, entre los dos, como un ex-voto, como una nueva forma de eucaristía.

—Pronto, Chiquita, vamos a estar los tres juntos...

—Ya estamos. Contá: vos, yo y él, el nene, ¿sabés? Porque es un nene — dice jubilosa y señala con su mano pequeña la curva ampulosa del vientre.

—Ya lo sé. Es varón. Tiene que ser varón. No para ayudar, como dicen los de la familia, sino porque... bueno: tiene que ser varón, ¡qué embromar!...

Y es varón, nomás. Lolo lo tiene entre sus brazos, buscándole el parecido.

—Es tu vivo retrato. Tiene tus ojos y orejas grandotas como las tuyas...

—No creas, Chiquita: es muy parecido a vos. Mejor para él porque vos sos linda...

Cuando la mujer, enriquecida de amor por la maternidad, vuelve a los trabajos de la chacra, Lolo, solícito, pretende evitarle esfuerzos y, como para alegrarla, le dice:

—Vamos a hacerlo estudiar, ¿no? Para que no tenga que levantarse temprano a ordeñar y a traer las vacas y a sentarse horas en el tractor y arar, rastrar, sembrar... Ni cargar los tachos, ni vacunar, ni marcar, ni darle de comer a los chanchos, ni arreglar alambrados, ni hacer la cosecha, ni levantar bolsas, ni ensilar el sorgo... Todo lo que hicieron tu padre y el mío y lo que hacés vos y hago yo... ¡No faltaba más!...

—Yo quiero que estudie —aclara la mujer— pero que no se vaya de nuestro lado, que siga creciendo aquí, con sus libros, entre los surcos, porque, ¿no sé cómo decirlo?, me da pena pensar que un día puedan marchitarse, apenas abiertas, las flores del lino, porque él no esté mirándolas con sus ojos claros, por sobre mi hombro, midiendo la distancia que nos separa del horizonte donde vive la esperanza...

En los altos mástiles de la mañana flamean las banderas de luz y estalla el campo en el glorioso misterio de la vida.

LA FAMILIA EN EL CAMPO

En nuestro campo, en la zona centro-oeste de la Provincia de Santa Fe, se dan, como en cualquiera otra parte, notables contradicciones. Usted llega a una chacra, por ejemplo, y se encuentra con el espectáculo de la más inquietante desidia, con todas las expresiones posibles del abandono, la indiferencia y el desamor a la tarea rural. Cuando pide explicaciones le dicen que la gente "no dura", que los patrones se han ido a la ciudad y apenas si llegan de vez en cuando a la chacra, "que ya no es negocio el campo". Y usted se alarma, porque piensa que podría ser cierto eso del éxodo, de la fuga de la mano de obra campesina a los centros industriales, etc. Pero, a lo mejor, en vez de llegar a ese campo abandonado, con alambrados caídos, sin aguadas, con pocos árboles y escasos animales pastando, usted arriba a una chacra lucida, ordenada, con buen equipo de labranza, muchos potreros, todos sembrados, con animales en abundancia y en buen estado y con totales muestras de amor por la empresa rural. Entonces, claro, se le hace cierto que el campo es el ámbito para el desarrollo de la iniciativa personal, del trabajo productivo, de lo que en realidad, constituye el fin, la meta de la familia con vocación campesina.

Así es el campo, la chacra casi ideal, donde trabaja una familia que constituye toda una alta y calificada expresión de la unidad en el trabajo, en el empeño, en la conducción y realiza-

ción de una empresa agraria acometida con inteligencia y entusiasmo. Vale decir, que el hombre, su mujer y sus hijos, no se desentienden de ninguna de las tareas que requiere el mantenimiento activo, eficiente, de la chacra, de la explotación racional del tambo, del cuidado de las pasturas, de la sanidad animal y del racionamiento habitual de la hacienda.

Cuando el agricultor cuenta con el inestimable apoyo familiar para realizarse, aunque utilice mano de obra ajena al núcleo doméstico, todo está centrado en la familia. Es lógico que un colono, inteligente y laborioso, se enorgullezca de sus modestos comienzos en la labor del campo. Durante cinco años, después de casado —nos cuenta uno de ellos— la pareja trabajó en un tambo ajeno, pero el fruto de la constancia, del ahorro, de la adecuada administración, se dio pronto en el campo propio que maneja con eficiencia ejemplar, como para una lección de lo que da el campo a los que se quedan en él y lo trabajan con vocación y amor.

EL BAUTIZO

Había banderas de fiesta patria en la chacra. No se veían colgadas de los mástiles, pero estaban. Siempre que desborda la alegría en nuestro campo, hay banderas invisibles asociadas al júbilo. Como el 25 de Mayo, el 9 de Julio... Estamos en la plaza, al lado de las banderas, oyendo el Himno Nacional y la gente aparece transportada. Podrían faltar las banderas o el Himno o el discurso del maestro y, lo mismo sería 25 de Mayo, 9 de Julio, es decir: fiesta. Es suficiente que lo diga el almanaque. Que lo diga con la tinta roja de los feriados...

“En la chacra somos fáciles para las grandes cosas, ¿eh? Nos entregamos en cuerpo y alma a la celebración: un casamiento, la carneada, la yerra... el bautizo...”

—Justo: el bautizo. Pero esta vez no de un recién nacido, como el del hijo de José... Fue tan larga la fiesta que hasta el nombre del chico nos olvidamos. Sin exagerar: el padre buscó la libreta de casamiento y leyó “Hermenegildo” y pegó un salto:

—No, señor. Ese no es el nombre que le teníamos que poner... Si será “chumbeau” el padrino...

—Avisá, che. Si ese nombre es el tuyo. Da vuelta la hoja y mirá abajo, donde figura el último, anotado por el juez.

—¡Ajá! Aquí dice José. Está bien...

—Bueno, ¿y este bautizo?... ¿Tuvo otro hijo la Lucía? Mirá

que hace poco que le pusimos nombre a la gurisa, esa que anda siempre desparramando moscas...

—No. Ahora vamos a bautizar el campo del Cachi. Quiere ponerle nombre, como corresponde. De ahí la fiesta: cordero, chorizos, vino tinto y el oporto con la torta.

—Muy bien. ¿Y cómo se llama el campo del Cachi?

—Vení. Vamos a preguntárselo a él... Y lo abordan: Decínos, Cachi, ¿qué nombre le pusiste al campito éste?

—Ahí tenés el letrero: leé...

—“La Morocha”. “Establecimiento La Morocha”... Mirá si sos, ¿no? La Morocha... ¿Es por tu mujer? Yo te sé oír diciéndole “Ñata”...

—Es por la primera vaca lechera que compré... Se llamaba así. Todavía está el nombre dando vueltas por las terneras, hijas de las hijas...

—Me gusta. Vamos a darle al asado, que está creciendo la tarde y la noche nos va a agarrar sin ganas de cantarle.

—Bueno. Llamen... Cuando se acomoden voy a decir dos palabras...

—Decilas. Así sos el cura del bautizo. Ya el letrero está colgado y queda lindo, Cachi, lindo y me gusta el nombre, me gusta...

—Bueno, amigos. Yo bauticé a esta chacra con el nombre de la primera vaca que tuve, siendo casi un purrete, “La Morocha”. Me la dio mi padre con un alarido, porque se me iba por el camino una tarde que dejé abierta la tranquera.

—Corréla. Atropellá por la zanja. Esa vaca es tuya. Traéla que es tuya — gritaba.

Y la traje. Y me quedé mirando a papá, sin saber qué decir. La vaca todavía estaba viva cuando él se nos fue por el camino que —dicen— tiene la largura del tiempo. Le puse “La Morocha” al campo. Me gustó siempre el nombre.

Va a ser lindo escuchar por ahí: “Vamos a La Morocha” a pasar un rato con el Cachi y su familia. O si no: “estos son los tachos de “La Morocha”... “Mirálo al patroncito de “La Morocha”. Me gusta. Estoy contento. Ahora bautizo yo, pero aquí hay varios con chacras mostrencas. Hay que ponerle nombre, como a las personas. Así viven más en el recuerdo de los hijos, de los nietos... Y no se olviden de invitarme a la fiesta, ¿no?

LA PARVA PREVISORA

—El campo muestra ahora la opulencia de un verde glorioso, tan añorado. Nosotros sabemos, Gregorio, Beto, Francisco, Evelio, hasta que punto nos angustiaba el desolado paisaje de la chacra hace poco tiempo. La tierra seca era una imprecación. El viento persistente rubricaba, al filo del mediodía, en la línea calcinada del paralelo de la angustia, su apóstrofe de sequía, miseria, esterilidad. El surco era sangre restañada, detenido el curso de la savia para el milagro de la fecundación. Huella sin sentido era el surco que no llevaba a ninguna parte, con su fracaso de cardos y maicillo.

Estaba yerma la tierra, dolorida, siempre envuelta en el polvo, que ensuciaba el follaje de los paraísos.

—Yo me quedaba en el esquinero, contra el poste redondo de los torniquetes, junto al alambrado de Pautasso, mirando hacia el Este, para descansar mis pensamientos en la cañada próxima, revoltijo de cascotes, pozos, un poco de barro y, a veces, el afiche de un árbol seco, con su tremenda quietud de muerte.

—Apenas un tacho de leche entregábamos cada día: el pan duro de cada día.

—Mi ambición desmayaba y el dolor del fracaso me quemaba en los labios las palabras de la vieja oración que ya olvidé...

—El verde volvió. Con el verde la esperanza y la alegría.

—Cierto. La garza se mueve junto al pantano.

—El campo está vivo, amigos. Lujurioso de sorgos, de alfalfa. Todo es mágico para la contemplación: reverbera el sol en las hojas húmedas; están lavadas las vacas, fresca la tinta china de su cuero brillante. Hay un coro de terneros para la hora del ordeño abundoso y los charcos son como escarapelas en el manto esmeralda, para el olvido del surco agostado, de los cardos apuntalando el polvo de la sequía. Ya están las parvas previsoras encerrando la medida de la aprendida lección de la hormiga.

—Silos, muchachos, silos; parvas, parvas, fardos, fardos: toda la artillería estival para salvar los rigores del invierno, para exaltar el milagro del surco en la continuidad de su ofrenda de pan, de leche, de trigo, de lo que todos necesitamos para la ambición, para la esperanza, para cumplir nuestra parte en la faena diaria de vivir...

—Hay que aprender de una buena vez, que en el campo se dan todos los dones: que es una realidad su porfía en salvar al agricultor de los fracasos. Es consecuente con la fe. La inspira, la reclama.

—Nosotros somos los hombres de la tierra. Para siempre. No esperaremos a que el verde regrese ni se nos subirán a los labios las palabras amargas del desaliento.

—Estarán las parvas de la sabiduría, como dijo uno de nuestros poetas, para la presencia contenida del verde, donde está la promesa, el júbilo del trabajo y su canto.

LA CONMOVEDORA SOLIDARIDAD

—“Nuestro campesino es desconfiado. El piamontés es desconfiado. Es difícil ganar su amistad. Cuando uno llega a la chacra, se esconde. Toda la familia se esconde y lo deja a uno con los perros, que lo vuelven loco con sus ladridos...” Así reflexionaba la gente de la ciudad. A un pueblero bastante inteligente se le ocurrió examinar el asunto a fondo y llegó a la conclusión que lo del piamontés que le largaba los perros al que se llegaba a la chacra, no era ni desconfianza ni mala educación: era precaución, nada más. Prudencia. Lo habían engañado tantos de los que llegaban al campo que, al final, el hombre se defendía y toda la familia se defendía:

—¡L'hai pa damanca, Cristo!

Los hijos y los nietos aprendieron la lección. No renegaron de la sabia desconfianza de sus mayores, pero acondicionaron su conducta a la conducta de la gente que los rodea. No se esconden, ni se esconde la familia cuando uno desemboca en el patio de la chacra y son ellos los que salen rápido a saludarlo y defenderlo de los perros... Están en igualdad de condiciones con los de la ciudad, porque son instruídos, despiertos, bien educados y conocen el valor de una palabra a la que no se le da importancia en la ciudad y que, sin embargo, es fundamental para la convivencia: solidaridad. La conocían y la practicaban también —¡vaya si no!— los abuelos y los padres. Pero eran

otros tiempos y la gente se entendía con menos palabras que ahora.

—Así conversábamos en una chacra de Tacural hace algunos días. Tres o cuatro de los contertulios eran tamberos. Jóvenes. Asentían sin mayor entusiasmo, como si lo de la solidaridad fuera cosa común para ellos: una actitud natural; una posición, simplemente, humana. Estaba Federico en la reunión. Un mozo rotundo. Serio. Atendía a todos con igual interés. Cuando nos despedimos, contra la tranquera, Don Pedro, el dueño del tambo donde trabaja Federico, el mediero, me cuenta:

—Este Federico llegó la noche pasada, la de la lluvia, a medianoche a mi casa. Vino a caballo. Me llamó y sin alterar la voz, sin dramatizar el momento, me dijo: Don Pedro, hay que buscar este remedio para la hijita de Francisco —el vecino— que se está ahogando. No arrancó el automóvil y yo me vine al galope porque la gente está muy asustada. A la nena le falta este jarabe. Dígame donde puedo buscarlo.

Salimos los dos a la farmacia. A la media hora —muy trajinada la media hora— Federico volvía al campo con el remedio. Iba a caballo, envuelto en una manta y en los relámpagos. Me saludó, contento:

—Enseguida estoy en lo de Pancho con el remedio y ya le voy a encerrar las vacas, porque el hombre debe estar deshecho. Usted sabe la angustia de verla sufrir a la nena. Pero ya está... ¡Hasta mañana, patrón!

Eso ocurría antes, también, amigo. Nuestra gente de campo siempre fue así, ancha y honda de sentimientos.

LA VACA DESPANZURRADA

Cerca de aquí, en un camino aledaño, entre chacras, un automóvil que corría velozmente, atropelló a una vaca lechera que se dirigía, despaciosamente, al corral de ordeño, siguiendo el curso del mugido de su ternero, encerrado desde la víspera.

Esta vaca era conocida en los alrededores por la gente que está entregada en cuerpo y alma a la tarea rural. Todos sabían de sus antecedentes lecheros y se hacían lenguas de sus características, su conformación, su pinta, su abundante rendimiento.

La vaca en cuestión fue atropellada por alguien que no era de la zona, que no tenía sensibilidad campesina, desde luego, porque si no hubiera evitado el accidente. Nadie que viva por aquí, que sienta la emoción del campo, habría provocado la muerte de un animal como éste, ni de cualquier otro, porque un vacuno o un yeguarizo que cruza un camino de tierra, en la madrugada por donde pasan pocos vehículos, obliga a esperar su paso, por precaución, ya que tanto puede morir el conductor como el animal o ambos.

Pero, excluido el riesgo personal, a una vaca como ésta se la respeta, se la mira, se la goza en su paso cadencioso, con la carga de su ubre desbordante, ya que el espectáculo de una lechera de tal condición reconforta, estimula, exalta la predilección del hombre de campo. Pero en este caso no obraron tales impulsos

sino la impaciencia, la insensibilidad, el desprecio por los obstáculos.

La vaca quedó despanzurrada —absurda flor de sangre y leche— en la banquina, cuando caminaba atada al tiento del mugido, indiferente a las asechanzas, con su carga preciosa, al filo de la madrugada, en el momento en que la chacra se inaugura la fresca sinfonía de los ruidos que estuvieron dispersos en la noche y que ahora se dan a montones en los patios amanecidos...

LA MUERTE CAMINA EN EL RASTROJO

"Patria" se llamaba el caballo. Era un tostado patas blancas, anglonormando. Buena alzada, linda cabeza, con un chorro blanco en la frente, crin abundante, carácter despierto, pero dócil. Las ancas casi cuadradas, pero bien hecho en general. Tendría unos doce o catorce años y nació y se crió en la cabaña "El Cisne", de Boero. Era hijo de un puro que supo comprar Don Carlos, en Palermo y paró aquí, en Nuevo Torino, en un campo que se llama "Pampa Marú", porque los dueños son empecinados en su afición por los caballos y consiguieron que se lo vendieran. Antes se lucían montados en "Patria". Después lo miraban y, de vez en cuando, daban una vuelta, engolosinados, como siempre, con la apariencia de pingó.

Las otras tardes se movilizó la gente del "Pampa Marú" y de la vecindad porque el tambero hizo correr la voz que "Patria" andaba enloquecido, como si lo hubiera atacado "la mosca" o "el bicho", ese que se mete en el cuajo y liquida a los yeguarizos.

Al poco rato, el vecino más cercano y próximo del "Pampa Marú" y otros colonos de los alrededores estaban en el corral observando al tostado, que manoteaba el piso, como si quisiera cavarse la sepultura.

—Es el bicho... Es el bicho... No hay vuelta que darle y si no lo curan enseguida, se muere.

Ya se largó a Rafaela el Beto para avisar y llevarse al

veterinario y los remedios, mientras otros quedaban, atentos a las vueltas que daba el animal, con la cabeza entre las patas, nervioso y revolcándose de vez en cuando. Había consternación general en el campo y hasta los chicos se lamentaban de la enfermedad del "Patria" y del peligro que corría.

—La muerte anda en el rastrojo — dijo uno. De allí viene la mosca que los infecta... ¡Pobre animal!

La expectativa ató a los hombres al alambrado del corral mientras "Patria" miraba, despavorido, tal vez presintiendo el grave trance que pasaba.

—Ya hace media hora que salió el Beto y no puede demorar mucho. Se le recomendó que avisara a los patrones para que trajeran al veterinario — decía la mujer del tambero.

—Se agrava... Se agrava... En cuantito se le pongan colorados los ojos, está listo... — dijeron por allí.

—Espere, amigo, espere. No sea lechuza. No se va a morir de repente... La macana es que uno no sabe qué hacer... — le contestaron.

El "Patria" se había tirado al suelo, de costado, vencida la cabeza, caído el belfo, con respiración de agonía. Le sacaron el bozal, lo acariciaban, pero nada. Estaba entregado. Era casi el fin.

—Allá viene un automóvil! Es el de los patrones. Deben traer al veterinario! ¡Ojalá no sea tarde!

—Bueno —dice el tambero— bueno, no ha de ser para tanto. Si el caballo se levanta y sigue dando vueltas es buena señal. Lo malo es cuando queda quieto. A uno le parece que está curado y no. Es la muerte.

Llega el veterinario con los patrones. Se les explica lo que pasa y ya está pidiendo un balde, agua limpia, jeringas, un bozal fuerte; un talero para la mordaza y les dice que hagan levantar al caballo.

Que camine, que se mueva. "Patria" responde a los chicotazos que, con verdadera pena, le aplican en el vacío y hace un esfuerzo y queda vacilante sobre las cuatro patas. Todos observan enternecidos las maniobras del veterinario: la sonda al estómago, la intramuscular calmante. Dos inyecciones más y al cabo de media hora lo largan. "Patria" queda parado casi contra un poste del tinglado, como esperando el diagnóstico.

—Es el bicho. No hay perforación todavía, al parecer. Puede salvarse. Arrímele pasto verde y esta noche le colocan otra inyección de este frasco y la repiten mañana. Yo volveré a verlo.

Se va el veterinario con los patrones, compungidos. La gente comenta lo que le pasa al "Patria" y alguien apunta, a manera de pronóstico optimista:

—La muerte se empantanó en el rastrojo, lechuza. De allí se vuelve dejándolo como antes, y con buena salud al tostado... Esta vez ganó él, ¡qué embromar!

Estaba equivocado el hombre. El tostado murió pocas horas después del tratamiento y quedó en un potrero, a disposición de los chimangos...

LA POSTERGADA LLUVIA

La desazón, la inquietud, la desesperanza y la zozobra, invaden el campo nuestro, cantado y enaltecido como entidad de milagro: el de la simiente, el del sacrificio del hombre doblado sobre la tierra, el de los frutos multiplicados. Balada y alegría a la vez, porque la alabanza se trunca en amargura, el triunfo en derrota, la luz en sombra.

Se demora la lluvia, que es la varita mágica para el verdor que se va y no vuelve. Y el campo muere calcinado por el sol implacable. Se agosta la semilla, se hace incierto el fruto, se calla el canto y todo duerme con el sobresalto de la angustia.

Estamos cansados de luchar contra el tiempo, dicen los colonos. Siempre el viento secador, el que aleja la lluvia. Dan ganas de abandonar, de irse, para no estar en este paisaje de desolación, de miseria, de fracaso.

Sin embargo, puede llover esta noche, mañana. Ahora mismo puede armarse —como se dice— la esperada tormenta de agua y viento. Agua para la gleba, para la semilla, para el pasto, para los animales, para el prometido fruto, la ansiada cosecha y el viento para el arrullo de las espigas redivivas.

La sequía conturba el ánimo del agricultor, lo desmaya, colocándolo frente a la realidad de su esfuerzo malogrado, de la frustración reiterada, de lo que se torna imposible, de lo fatal, irremediable. En algunos momentos, el hombre de la tierra, le-

vantado como un símbolo del fracaso en el cuadro de la desolada pampa, margina el drama o lo vive, porque detrás de él, —impotente, vencido—, está la familia, está la hacienda, está todo lo que pertenece y que a la vez es de la tierra, ahora hosca, agresiva, egoísta.

—“Lloverá, sin embargo —piensa—. Ojalá sea ahora, que es tiempo de salvación. Que no demore más la lluvia...”

Puede llover ahora. En este momento, para reconfortar a los trabajadores rurales, pero la sequía, sin embargo, no arriará su trazo de feria, su bandera de destrucción, de amargura.

Tendrá que pasar el tiempo y tendrá que repetirse la lluvia para que el verde regrese y se quede. Para la cosecha. Para los animales. Para el buen pan...

Mientras tanto seguirá el interrogante: ¿qué sucede con las lluvias en esta zona? ¿Llueve menos que antes? ¿Por razón de qué fenómenos? ¿Habrá que dejar el campo porque está condenado?

Los técnicos contestan con profunda convicción que nada ha cambiado en el régimen de las lluvias en esta zona, a lo largo de casi un siglo. Siempre llovió así. Lo que pasa es que antes no se le exigía a la tierra lo que ahora se le exige por el imperio de la técnica. Antes eran los bueyes o los caballos que tiraban del arado. Ahora son los tractores. Los cultivos se suceden sin solución de continuidad a lo largo del año. Y para todos se pide agua. Tal es la cuestión.

El hombre de la tierra sabe esto y lo de más allá, pero, a pesar de todo, queda angustiado frente a su campo, que clama por la lluvia, siempre demorada.

EL BUEN ÁRBOL

—“A esta altura del verano el sol arde como una brasa. El aire se torna caliente y caminar por el campo entre las diez y las cinco de la tarde se hace penoso. Son siete u ocho horas bravas...” — nos cuenta Ignacio, chacarero de la vecindad.

Estamos al filo del medio día, sacándole el cuerpo a la quemadura, apretados bajo la sombra de un paraíso raquítico, con ganas de cortar la conversación y ganarnos para alguna galería fresca y acogedora. Pero como no hay nada cerca que nos ofrezca mejor refugio que la sombrillita de la referencia, optamos por quedarnos allí, con miedo de encarar la soleada.

—Es una lástima que por aquí nadie plante un árbol. Los que pusieron los abuelos y basta. No nos damos cuenta que, como los abuelos, los árboles se acaban...

—Así es, Ignacio —contesto, sacándome el sombrero de paja. Pienso que el haberme descubierto cuando me nombraron a los abuelos podría haber sido un homenaje bien merecido. Porque hicieron mucho y nadie les reconoció nada. Pero, en fin, así somos de desagradecidos...

—Muchas veces se habló de forestación —sigue Ignacio— pero los únicos árboles nuevos que hay por aquí son los espinillos, que se hacen grandes porque los dejamos...

—Ese no es buen árbol —contesto—. El espinillo estaba cuando vino Guillermo Lehmann y cuando por estos lados había indios y habían pasado, —a lo mejor—, los españoles conquistadores...

—Puede ser. Y no entiendo mucho de eso — me responden.

Nos decimos: —“Bueno, vamos a meternos en el horno”, y salimos al camino, blanco, calcinado, casi corriendo, para meternos en el automóvil.

El asiento del mío está como una plancha donde se hubieran cocinado recién media docena de bifés. Doy un salto y se me va a escapar una mala palabra, pero la dejo pialada cerquita nomás de la tranquera, que vendrían a ser los labios. Ignacio le erró con el lazo y la mala palabra salió a los piques, rebotando el alambrado. Ya conformado y cuando encaro la vuelta al pago, me lo encuentro a Francisco Capri y lo veo desteñido en medio de una nube de polvo, parado como un monumento al dios del fuego en la chata crujiente. Rienda, látigo y la sonrisa como barbijo para que no se le vuele el sombrero.

—¡Hola, Francisco!

—¡Hola! Y sofrena los pingos, mientras la lanza hace morisqueta casi contra el parabrisa de mi automóvil.

—Calorcito ¿no?...

—¡Si le parece!...

—Aquí hacen falta árboles, pero de los buenos —me dice—. No espinillos. Vamos a tener que plantarlos y pronto.

—Así es, amigo. Hay que empezar y pronto. Para abril o mayo, a más tardar...

—Como lo hicieron los padres y los abuelos, porque, de seguir así tan calientes, los veranos, nos vamos a achicharrar, igual que el sorgo... ¿Vio? Dan ganas de llorar. Todo el sorgo quemado, ¿qué me dice?...

Como estamos en camino de quedar tostados, nos despedimos. Apenas puse el automóvil en cuarta me saqué el sombrero de paja pero esta vez, —lo juro— fue en homenaje a los abuelos que plantaron paraísos y tantos otros árboles para que nosotros los pudiéramos ver morir de pie... sin reemplazarlos.

“HABRÁ QUE HACER LOS DEBERES”

La chacra se achica, como si la envolvieran. Como si hicieran un paquete con un pañuelo de seda negro y metieran en él el monte próximo, los corrales, el molino, el tinglado, los galpones. La luz opaca de la cocina queda al margen de la noche que se tragó el campo que rodea a la casa. La casa misma emerge a duras penas en el cuadrado del piso de ladrillos, en los paralelogramos de ventanas y puertas pintadas de luz. La familia está en la intimidad de los reflejos, junto a la mesa, velando los restos de comida, la jarra con un poco de vino, el pan grueso, la sopera inverosímil. De a ratos, un balido sale del pantano del silencio y los perros lo empujan con sus ladridos, que son lazos cuarteadores.

—Dentro de poco vamos a empezar a hacer los deberes, después de comer —dice— risueño, Guillermo. Y a ver si no nos aplazan, ¿eh, Marta?

—Habrás que andar con cuidado, porque las cosas han cambiado en la escuela. Ahora todo es moderno: las matemáticas, el lenguaje, la geografía y la historia...

—Sobre todo la historia... La historia de la reforma educacional.

Belkis, la señorita de la casa, parece distraída, contemplando un dibujo de Hijitus, pero de repente, le sale al cruce a los padres y pone las cosas en su lugar:

—El año pasado te equivocaste mucho, papá, con los problemas, y será mejor que ahora no te metas. Yo me arreglaré sola.

—Justo. Diez años y ya se encocoran estas mocosas. Bueno: te voy a dejar sola. Yo también me quedo tranquilo.

—Claro que sí. Me ayudará mamá. Ella sabe más. ¿No es cierto, mamá?

—Aquí el que sabe todo es papá y es el único que resuelve los problemas.

—Pero mal...

Al cabo de la conversación, el silencio queda amontonado afuera contra las paredes. Mientras la señora acomoda los enseres empleados en la cena, los chicos, Belkis y Raimundo —diez y cinco años— se vuelven reservados e inauguran la teoría de los bostezos, que el sueño recogerá enseguida en su bolsa de nylon, donde caben los suspiros, las “buenas noches” y el “¿me acompañás al patio, mamita?”

Todo termina, al poco rato, en el subterráneo de la noche, apagado el postrer chillido de las lechuzas y la última ronda de los teros.

Los chicos sueñan con la escuela, con la maestra, que les repite desde una estantería, dos más dos son cuatro, dos más dos son cuatro. Guillermo le dice por lo bajo a la mujer:

—No te creas que son tonteras esto de los deberes de Belkis. Habrá que estar atentos porque la maestra se va a reír de nosotros si la chica aparece con un problema equivocado. Ya sabés que los gurises no se guardan los secretos y ésta va a decir que los hice yo: se equivocó mi papá, señorita. Se equivocó mi papá. Póngale un cero...

—No es para tanto, Guillermo. Nosotros sabemos sumar, restar, multiplicar y dividir; cómo no vamos a resolver un problema tan sencillo...

—Si, pero no te olvides que ahora es todo moderno y vaya a saber cómo hay que agarrar las cantidades y acomodarlas para la solución.

—Bueno: ya veremos. ¿Por qué no dormimos?

La pregunta estaba de más, porque Guillermo había comenzado a roncar en un desesperado intento de desplegar las sábanas como banderas...

LA CAÑADA

—Eran tiempos bravos los de hace cincuenta años en la cañada de Angélica. Entonces llovía en forma, no como ahora — le dice don Pedro Rubino a Miguel Sotelo, el hijo de un capataz que supo tener don Próspero en su estancia de esos lugares.

—Debe haber sido fulero andar trajinando por el barro y los esteros, sí...

—No sólo el agua, compañero. Había que cuerpearle a las yararás y por ahí, a algún puma que se venía empujado por la creciente. No era cuestión de dormirse en el caballo, no; ni echar pie en cualquier lugar, a la bartola...

¡Si me habré arrancado sanguijuelas y atajado veces el pasmo de las espinas de los chañares! ¡Y si habré cuarteado vacas que se habían enterrado hasta la ese en los zanjones!...

—¿Y hace mucho tiempo que anda por estos pagos, don Pedro?

—¿No le digo? Más de 50 años. Vine de mozo y planté la casa cerca de "Las Yeguas", para probar. Aquí me quedé, hasta ahora.

—Las cosas fueron cambiando, ¿no?

—Claro, amigo. Y mucho. Aquí llegaron más tarde, hombres como don Próspero, los Boschetto, Carmelo Barreiro, Christian Boll, y con ellos el progreso, las mejoras, los caminos y los canales. Ahora es otra cosa, ya lo ve. Pero, lástima que no llueve

más. Antes caía agua que daba miedo: 100, 150... Hasta 300 milímetros cayeron en dos días en junio de 1928, me parece... Esto era un mar y no cruzaba nadie, ni los teros... Yo llevé las vacas a Saguier. Las saqué una tarde al trote. Me ayudó la Luisa y el gurí de don Emilio. Si no las llevamos, se nos ahogan todas, como que hay Dios...

—¿Sacaban leche?

—¡Qué va a sacar leche! ¡A los terneros casi los teníamos colgados de los horcones o de los algarrobos! Apenas para cortar el café o el mate cocido... No... si eran tiempos duros... Estábamos plantados aquí, como otros espinillos, aguantando los cimbronazos, apretando los dientes para no gritar: ¡que se vaya todo al diablo! y disparar.

—Había que tener agallas, ¿no?

—Si le parece... Pero cuando aclaraba, traíamos las vacas, arreglábamos la casa, veíamos jugar a los terneros. Se nos iba lejos el pangaré, mi montado, y podíamos traerlo a pie y, entonces, claro, nos olvidábamos de las penurias, hasta la otra creciente... ¡Ah! Más tarde tuvimos el ejemplo de Christian Boll —gringo macanudo—, que nos enseñó a trabajar a todos los de aquí, al mismo tiempo que a sus hijos, y de don Carmelo, de don Próspero, los Boschetto y de tantos otros, como le dije...

De a poco fuimos transformando esto en lo que es ahora... ¡Véalo! — Miguel se irguió como un poste para colgar tranqueras y paseó la vista por el campo verde donde las lecheras lucían brillantes el blanco y negro de su acuarela movediza y descansó la mirada en la casa recién blanqueada, con su techo rojo, su mástil atrabiliario para pialar las figuras de la televisión y, cuando advirtió la presencia de doña Luisa, fuerte, animosa, colgando en el alambre de tender el berrinche cromático de la ropa familiar, se le ocurrió preguntarse:

—¿Habrà habido una cañada por aquí?...

LA COSECHADORA EN EL PAVIMENTO

El lino espera. ¡Ojalá su sazón dure hasta que la cosechadora pueda cumplir su tarea! Porque ahora está a la vera del camino, frustrada en su apremio de "hacer la cosecha". Pesada, no puede arriesgarse en el campo ablandado por las lluvias. La dejaron en la banquina, junto al pavimento, con su rara estructura de alto techo, las banderas rojas enarboladas al desgano, con las balizas encendidas para la noche, de incierta claridad de luna fugaz, a pocos metros del sembradío ostentoso de fecunda madurez.

La máquina quedó sola a la espera del sol. La concibieron para trabajar con buen tiempo y todo es gris a su alrededor. Lluvias y más lluvias insisten en lavarla, cuando todavía está limpia de sudores y fatigas.

Los hombres que la conducen, y que ordenan su tarea de precisa simultaneidad —levanta, corta, trilla, embolsa y camina—, la han abandonado para entretener la vacancia en el boliche próximo y recién volverán mañana, al atardecer, tal vez en medio de la lluvia, para enterarse que está ahí, oxidándose, cuando cerca la requieren con urgencia para recoger las espigas, que se inclinan cada vez más, peligrosamente, sobre el surco anegado. Que corren el riesgo de perderse para siempre, estando ella, la máquina cosechadora, a unos metros no más, inerme en la desgracia. No pudiendo cumplir con su deber de desplazarse diná-

mica, arriadas sus banderas de peligro, empenachada de polvo, de paja, dejando en el rastrojo una teoría de bolsas repletas, con pájaros celebrando su presencia y estremecida, como los hombres que siguen su marcha, de auténtica pasión chacarera...

EL TRIGAL OPULENTO

Tuvimos en las puertas de la ciudad un trigal que era como un afiche: exaltación del esfuerzo, respuesta al trabajo sostenido. Sobre la ruta 166, a pasos nomás del linde de la zona urbanizada, donde la ciudad descansa de sus apremios y se resuelve el rompecabezas de las casas, estaba el trigal —espectáculo—, como para una lección: la de la perseverancia del hombre doblado sobre la tierra, en diálogo con rejas y semillas. Y con frutos, como consecuencia.

Valía la pena llegarse hasta allí porque se habían dado, lo que no ocurrirá, tal vez, en mucho tiempo, las condiciones que hicieron posible ese logro casi artístico —paisaje de espigas gloriosas— del agricultor optimista que sembró antes que todos; que estaba animado por la esperanza de que lo acompañarían, para el éxito de la empresa, la lluvia, el viento, el sol y la probada fertilidad de la tierra. Todo lo que asegura una buena cosecha.

Cómo sería de parejo, limpio, fuerte este trigal, que la gente que lo vio y sabe de la ansiedad con que se esperan los frutos de una siembra, deseaban que el corte y la trilla se hicieran enseguida. Que madurara el grano de un día para otro, no fuera a ocurrir que una helada tardía, el granizo, la lluvia copiosa, desbarataran el cuadro, que no fue paisaje mucho tiempo, es cierto, pero que debía resolverse en la alternativa de la trilladora, con

la firma del rastrojo, como auténtica constancia de que allí se dio el oro del opulento trigal que fue afiche pastoril para el muro de la ciudad próxima, nutrida de afanes, agitada, esperanzada...

Ahora, en el lugar donde estuvo el trigal del asombro, están los cuadros de un loteo: las estacas, las banderas señaleras, los altos mojones.

La terraplanadora hace su ensayo de caminos, borrando los surcos para siempre...

TIEMPO DE SEMILLAS

Este es el tiempo de vertederas con tierra húmeda. De surcos fáciles para el sobrepaso de los tractores y de sembradíos ufanos encuadrados en el terciopelo de los potreros recién trabajados, con apresurada simultaneidad, en tándem: arado, rastro y sembradoras. Tierra movida, caliente, en trance de fecundidad portentosa, celebrada ya la eucaristía de la simiente.

Ha llovido en la proporción reclamada para que despierten todas las esperanzas y se haga cierto el milagro del fruto. Tiempo de semillas y de cosechas, con todos los dones del campo a la vista, en el paisaje de tierra y hombres estremecidos de urgencias.

Descorrido el telón de la lluvia, el verde se ha hecho presente en el escenario de la chacra, donde se mueven las tropas azuzadas por el látigo del grito, trajinan los carros con su carga de tachos y se agitan las mujeres preparando la comida para los hombres, que volverán pronto, por el curso de una melga. Todo con la música de fondo de los balidos, la imprecación de los teros y el atabalear de los potros relucientes sobre la tierra blanda, con la galera de sus crines al viento, saludando la mañana...

P O E M A S

AGUA

SUEÑOS DE GRILLOS Y CAMPANADAS

A G U A

A tu lado, agua.

Y más allá y aquí, agua.

Y la espiral de agua hasta la mañana.

Fluvial abrazo de pez y luz en el horizonte huidizo del río
que te trae desde el presentimiento.

Y los delfines de tus brazos moviéndose en el espejo incierto
del que sale tu imagen inasida con cielo submarino y un gris
asombro de estrellas líquidas en los ojos.

Río agreste te envuelve, aprisionando tus ansias y anclas
doradas fijan tu momentáneo adiós en la mañana.

El regreso son tus manos agitando un pañuelo de agua con
bordados de algas y el abrazo del río, que se deshace
penosamente en tu cintura.

Y la mañana con el alborozo de sus pájaros de luz,
anunciándote.

Y la reiterada voz que me nombra.

Leva sus anclas la mañana y quedas en este lado del río con
tu ropaje de agua perdiendo sus diamantes en la litoral
geografía de tu gracia.

Hay una teoría de peces impávidos en el río de las manos
ávidas reclamando tu retorno al lecho de la ola y del limo.

Y el agua está en la desesperanza, urgiendo a sus lagartos de
plata para que sigan buscando la huella de tus pasos
en la arena.

Y tú aquí, recobrada.

SUEÑOS CON GRILLOS Y CAMPANADAS

Este es mi sueño equivocado, con grillos persistentes y péndulos de breves pasos sincronizados que no llevan a ninguna parte.

Sueño de campanadas inútiles para el silencio, que ya tiene su dimensión de vigilia y que tampoco servirían para mi sueño auténtico, con grillos muertos y ecos anteriores, ya vencidos.

Este es mi sueño para tu sueño, con tu grillo, que es tu voz y con tus ecos en la ronda de los breves pasos sincronizados.

Este es el sueño absurdo de no querer soñarlo sin tu voz, sin tu nombre, sin tus latidos, sin tus manos en las mías.

Sueño, al fin, de estarse sin soñar, soñando.

Para tu vigilia de la dolorida sonrisa es mi sueño y para tu mirada de la desbordada ternura, mi vigilia.

Para la noche con tu lámpara es mi noche de grillos empecinados y de campanadas que golpean dos, tres, cuatro veces su aldabón de zozobra en el oscuro timbal del silencio, que es el destino.

Búsqueda de ojos enrojecidos en la ribera presentida, donde estás cerca y te recuerdo.

¡Alborozo de saberte velando mi vigilia!

Siento el corazón de la noche —tu corazón— latiendo en mis

sienes y veo cómo la piedra del sobresalto cae en el espejo de
aguas densas del silencio y cuento los círculos concéntricos que
nos llevan lejos en la onda desmayada del sueño...



Antonio Angel Terragni es maestro y, fundamentalmente, periodista. Su actuación en estas disciplinas abarca muchos años y alcanza singular relevancia en Rafaela, donde reside. Como docente, logra afirmar sus inquietudes y revalidar sus méritos profesionales a través de una labor generosa, de múltiples facetas, de estrecha vinculación con el ámbito agrario. Es maestro

rural en cabal acepción y trabaja con adolescentes y adultos en una escuela nocturna. Siempre —desde la juventud— ejerce el periodismo, a cuyas filas se incorpora con vocación y aptitudes incuestionables. Editó diarios y revistas y colabora en publicaciones de todo el país, con notas, comentarios y diversas expresiones literarias.

Realizó varios viajes a Europa, después de conocer todos los países americanos y estuvo en Japón, recorriéndolo con indeclinable interés. En todos los casos hizo conocer sus impresiones y refirió con criterio didáctico sus experiencias.

Su inclinación por el campo, por su gente, sus vivencias, sus problemas y, en fin, su realidad total, lo llevó a fundar el "magazine" agrario "Vida Rural", que abarca casi tres lustros de una labor prolija, levantada, responsable, en la exhibición del hombre de la tierra.

Sus "estampas rurales" se difunden por radiotelefonía en emisoras de Buenos Aires y en LT 28 Radio Rafaela, que las acoge en un ciclo dominical denominado "Transitando la mañana", que encuentra simpática resonancia en los círculos campesinos. Él dice sus "estampas" con "la voz como de tierra", según una dedicatoria del poeta entrerriano José Eduardo Seri, que la completa, refiriéndose a las creaciones escultóricas de Terragni, agregando que tiene en sus manos "diez sortijas de dones voluntarios".

El autor de "Cielo Verde" conoce profundamente la tarea agropecuaria también como productor rural y por ello sus notas adquieren real validez, tanto por la soltura con que encara los temas, como por el brillo del relato.

Este libro compendia, pues, atributos destacados del periodista, el poeta, el maestro y del hombre de campo, que coexisten en el esquema vital de quien lo escribió.